

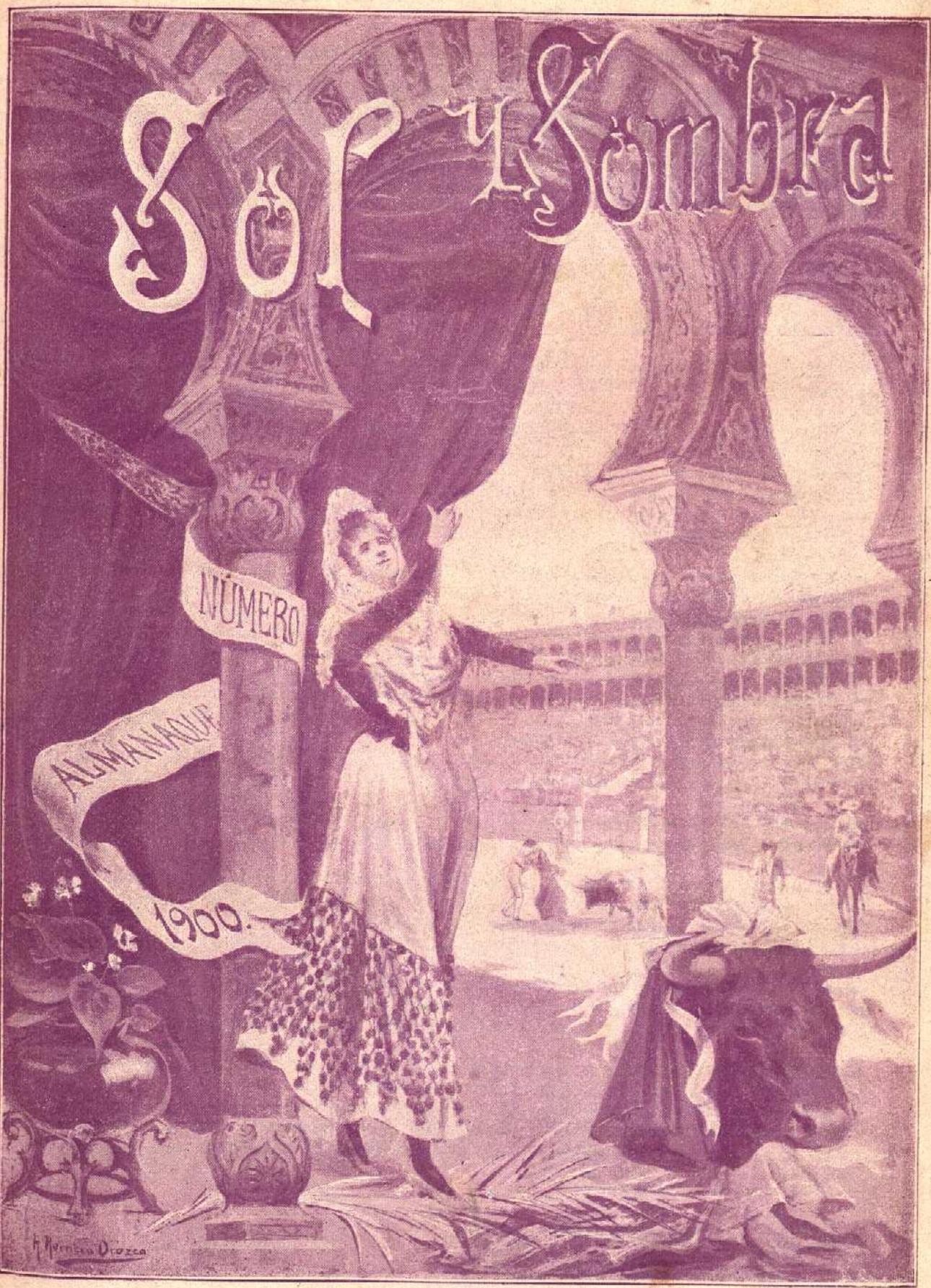


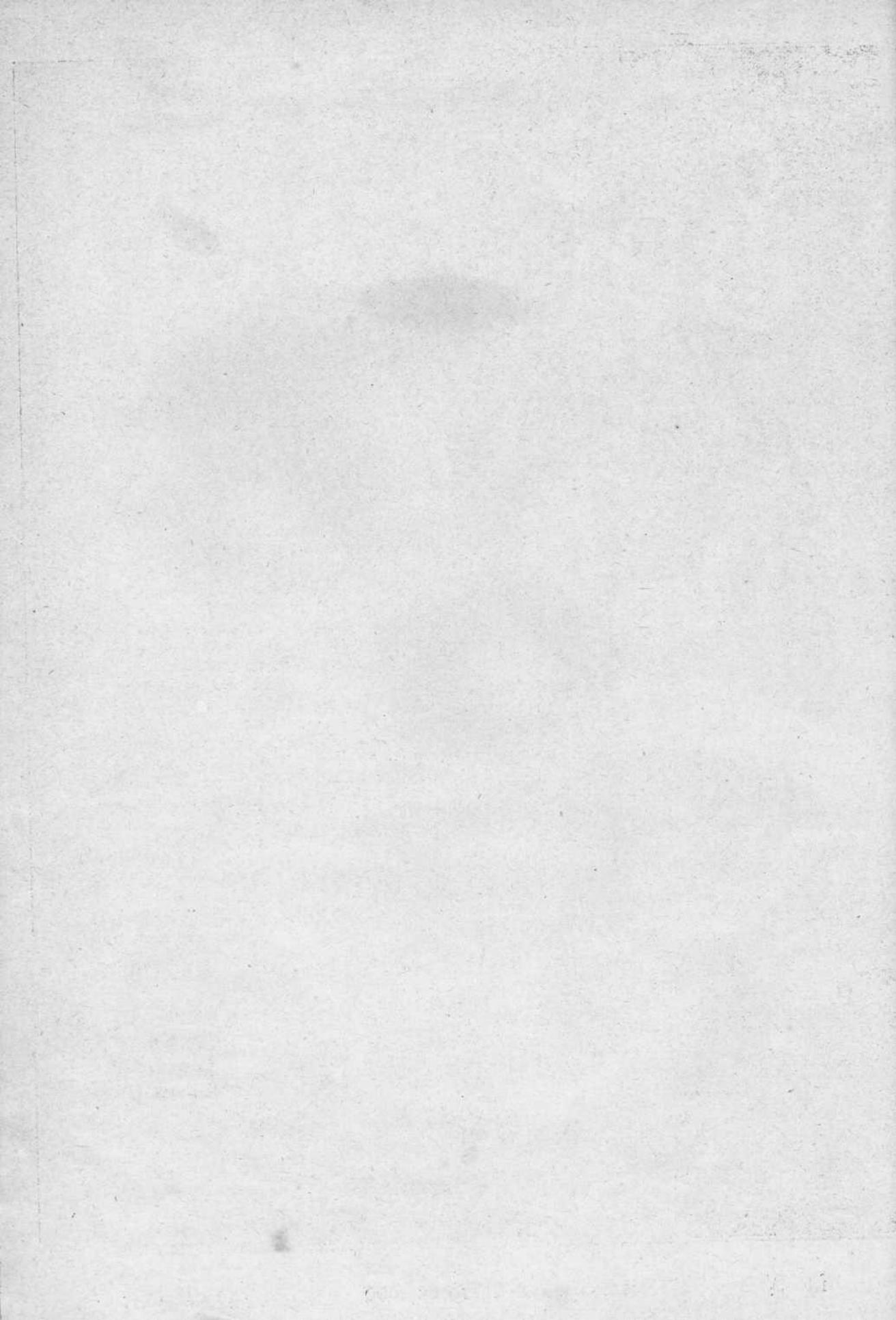
Precio: 20 céntimos en toda España



© 1900 by the University of California Press

Sol y Sombra







UN AÑO MÁS

A. G. S. C.

Al hacer el balance del tercer aniversario de la publicación de SOL Y SOMBRA, sentimos la íntima satisfacción que produce el cumplimiento del deber, pues hemos realizado cuanto, al comenzar el año 1899, prometimos á los asíduos lectores de este semanario.

El creciente favor del público recompensa con creces nuestros desvelos en pro de la afición, sirviéndonos de estímulo para no cejar en el camino emprendido.

Claro es—y seguros estamos de que así lo apreciarán nuestros lectores—que empresas de tanta importancia como la que nos hemos propuesto han de desarrollarse paulatinamente, ampliando,

á medida que las circunstancias lo permitan y aconsejen, la esfera de acción, hasta conseguir ver convertida en realidad la idea en que tuvieron su origen; por eso, si el lector practica un examen detenido en las colecciones del semanario, observará notable diferencia, siempre en sentido progresivo, entre la del año 1897 y las sucesivas.

Uno de los mayores obstáculos con que tropezamos, estriba en la índole exclusiva del semanario; pues siendo tan estrecho el molde á que su confección debe sujetarse, es muy difícil, por no decir imposible, revestirlo de ese carácter de variedad tan esencial en las modernas publicaciones. Eso no obstante, nuestros esfuerzos se enderezan á obtener toda la amenidad posible; y al efecto, con las reseñas de corridas alternarán las pintorescas descripciones de las faenas de campo relacionadas con el espectáculo taurino; con los artículos *doctrinales*, aquellos en que se retraten tipos y costumbres de la tauromaquia; con el grave, sesudo y estirado trabajo crítico, el regocijado cuento que sirva de grato esparcimiento al ánimo del lector; no desviándonos, ni una línea, del sendero que ha de conducirnos al fin deseado: al fomento de la afición y el engrandecimiento de los espectáculos taurinos.

Refractarios por convicción, como otras veces hemos dicho y probado, á prometer más de aquello que podamos cumplir con exactitud, seremos parcos en ofrecimientos para lo futuro; pero sí diremos algo de lo que proyectamos hacer durante el año 1900.

Dentro del plan más arriba trazado, que constituye, digámoslo así, la esencia de este semanario, introduciremos en su parte material grandes reformas que seguramente serán gratas á nuestros lectores.

En lo sucesivo, publicaremos artísticas cubiertas, distinta en cada número, y ampliaremos aún más los medios de información fotográfica, procurando, en lo posible, que tenga todo el carácter necesario de actualidad. Mucho sacrificio supone, por nuestra parte, realizar ese propósito, pero nada omitiremos para conseguirlo, pues creemos que así lo reclama el interés de los aficionados, y obligación nuestra es atender á aquél con preferencia.

Como para verificar cuanto llevamos indicado contamos con la valiosa cooperación de los notables y distinguidos escritores, dibujantes y fotógrafos que con sus meritísimos trabajos honran las páginas de SOL Y SOMBRA, esperamos que al terminar el año 1900 podremos decir como hoy: *Hemos cumplido nuestro deber.*

En esa confianza nos apercibimos para la lucha, escudados en el imprescindible favor del público, al que enviamos un saludo cariñoso al comenzar nuestras tareas del cuarto año, deseándole el bien y prosperidad de que tan necesitados nos hallamos todos en los difíciles tiempos presentes.

A nuestros asíduos colaboradores, á la prensa, á los diestros, empresarios y ganaderos, y á todos los que con su concurso nos ayudan, desea un nuevo año colmado de felicidades,

(Dibujo de G. de Federico.)





Antes de formar el juicio
del año mil novecientos,
perdona, lector amable,
que le dedique un recuerdo
al incomparable Guerra,
al *non plus* de los toreros;
al que fué, por muchos años,
de la afición embeleso.
Al que, según mi experiencia
en las cosas del toreo,
se ha marchado, sin dejarnos
de sus glorias heredero.

¡Se ha cortado la coleta!
Yo le aplaudo, aunque lo siento,
porque el sol al eclipsarse
nos deja á oscuras y ciegos,
y así, andaremos á tientas
hasta encontrar un sol nuevo.

Hoy se disputan el campo,
los aplausos y el dinero,
Luis Mazzantini, Reverte,
Fuentes, *Bomba* y *Algabeño*;
pero entre todos, ninguno
satisface por completo,
porque son *especialistas*
que, cada cual en su género,
se merece los aplausos,
pues no carecen de méritos;
pero con eso no basta,
y aquí hace falta un torero
que, como Guerra, maneje
con artístico gracejo,
con notable inteligencia,
con indiscutible acierto,
la capa, las banderillas,
la muleta y el acero. . .
¡porque eso es lo que se llama

ser un artista perfecto!

Tampoco espero gran cosa
del ramo de novilleros;
pues aunque los hay valientes
y habilidosos y expertos,
á todos les falta mucho
para llegar á maestros.
Los buenos aficionados
hacen cálculos diversos,
y hay quien dice y asegura
que el porvenir no es tan negro.
¡Plegue á Dios que no se engañen,
y que el simpático Niembro
pueda combinar carteles
que le den honra y provecho!
¿Será tal vez *Lagartijo*,
quien, llevado por su esfuerzo
hasta la cúspide, logre
recordar aquellos tiempos
de su tío, aquel gigante
competidor de *Frascuelo*? . . .
¡Quién sabe!—Los que eso piensan
quizás estén en lo cierto.
Ni quito rey, ni lo pongo;
soy de la Opinión el eco,
y en materia de opiniones
ni crítico, ni comentario,
que la verdad, solamente
descubrirnos puede el tiempo.

Con que allá van esas notas
hechas á prisa y corriendo.
¡Ah! me olvidaba: el ganado,
sobre poco más ó menos,
será lo mismo que siempre:
muy terciadito, muy tierno,
y en cuanto á edad y otras cosas. . .
¡m'alegro de verte güeno!

DON HERMÓGENES.



La cogida de "el Machete,,"

Voy á dar á conocer á los lectores de SOL Y SOMBRA el nombre de un estoqueador de toros que ejerció la profesión á mediados del pasado siglo y que jamás ví citado en ningún Diccionario biográfico-aurino. Ni el inolvidable Sánchez de Neira, diligentísimo en la investigación de todo lo que atañe al arte tauromáquico, ni Velázquez y Sánchez, que tan copioso registro de toreros antiguos y modernos presenta en sus *Anales del toreo*, ni Leopoldo Vázquez, especie de archivo ambulante que ha dado á conocer la vida y milagros de todos los lidiadores que en el mundo han sido, sacaron á plaza el nombre de este espada, que *en plaza* tan importante como la de Zaragoza sufrió el año 1754—el mismo en que vinieron al mundo Pedro Romero y *Pepe-Hillo*—una de las cogidas más dramáticas y aparatosas que se han presenciado en los cosos.

El estoqueador á que me refiero y que debía ser de cierto mérito, puesto que figuraba como *primera espada* en la capital aragonesa, era conocido por el apodo de *el Machete*. Salió á matar uno de los toros que le correspondían, y después de algunos ceñidos pases de muleta citó á recibir, esperando con tranquilidad la acometida y hundiendo el estoque por todo lo alto hasta la guarnición; pero el animal se revolvió furioso, y aunque el torero al verse apurado intentó salir *por piés*, arremetió aquél con tanta precipitación que introduciendo el cuerno por el muslo derecho del infeliz lidiador, cerca de la corva, quedó éste sentado, en cuya postura le paseó por la plaza hasta que con un movimiento brusco que la fiera hizo para sacudirse del peso, cayó el torero á tierra exánime y sin sentido.

Conducido inmediatamente á su posada, fué encargado de su curación el Cirujano militar D. Miguel Santa Cruz Villanova. Reconoció enseguida la herida, que era tremenda: el cuerno había penetrado por la parte posterior del muslo derecho á cuatro dedos de la corva, rematando la profundidad en la parte interior de la nalga. Asegurado el hábil Cirujano de que no había fractura en el fémur ni en el trocante menor y que la arteria crural no daba señales de estar ofendida en grado mayor, se resolvió á abrir toda la caverna de abajo arriba, y aplicando un prodigioso bálsamo inventado por él para la curación de heridas, cubierto con una compresa de seis dobles con la ligadura retentiva, haciendo dos copiosas sangrías y curando la herida cada veinticuatro horas, estuvo restablecido el enfermo de tan terrible lesión en menos de un mes y en aptitud de volver á practicar su arriesgado oficio.

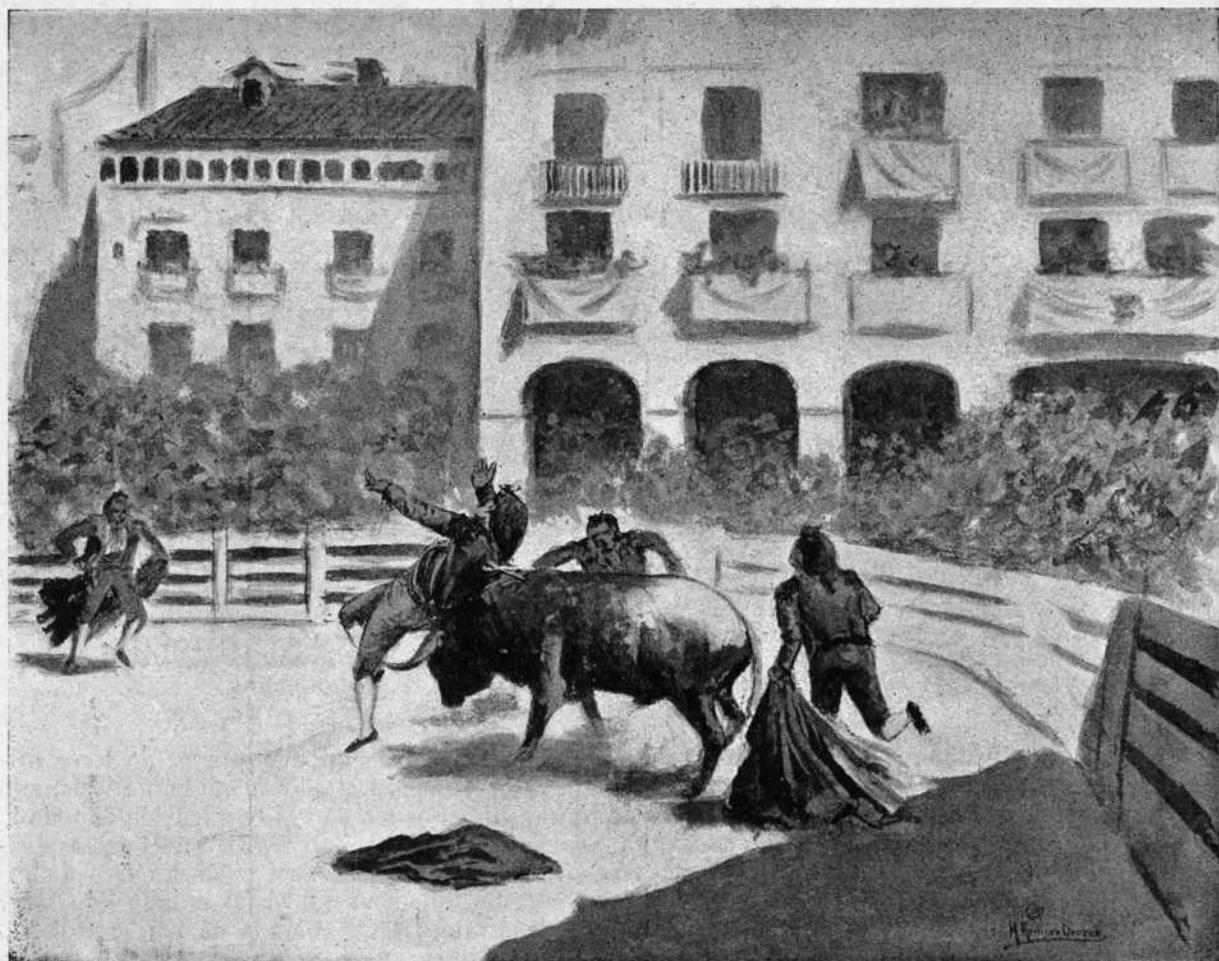
Tal fué la cogida de *el Machete* en la plaza de Zaragoza, una de las más originales y dramáticas, como he dicho antes, que podrán registrar los anales del toreo.

Y como entiendo que todo dato nuevo que se presente al público, por insignificante que sea, tratándose de hechos históricos, debe apoyarse en algún documento ó información fidedigna, diré, para que no se me crea solo por mi honrada palabra, que conservo en mi colección un raro y antiguo folleto, elegantemente impreso, del que he tomado estas noticias, que se titula así:

«*Bálsamo prodigioso á favor de la vida de los heridos de puñal, espada y palo. Obra que da á luz Don Miguel Santa Cruz Villanova, Cirujano mayor que fué del Regimiento de Caballería de Barcelona, y actualmente primer Cirujano mayor de Reales Guardias de Infantería Española, etc. Dedicada*

al *Excelentísimo Señor Duque de Osuna, Coronel de dicho Cuerpo. Madrid: MDCCXCII. En la imprenta de D. Gerónimo Ortega y herederos de Ibarra. Con las licencias necesarias.*

Un folleto en 4.º con 14 hojas preliminares sin numeración y 66 páginas de texto. En él se da cuenta de curas maravillosas practicadas con aquel bálsamo, explicando la forma de confeccionarlo



y usarlo. De modo, que burla burlando, con el presente trabajillo no sólo he dado á conocer á los bondadosos lectores un torero *inédito*, y una cogida *emocionante* (como diría el gran empresario de San Sebastián D. José Arana), sino que ofrezco á los Médico-Cirujanos una obra de consulta que puede convenirles; pues por más que según ha dicho mi amigo Ricardo de la Vega,

*«hoy las ciencias adelantan
que es una barbaridad»*,

no creo que en la curación de heridas se haya hecho adelanto mayor que *curar á todos los pacientes, aun estando desahuciados*, que es lo que practicó el Cirujano de autos, según él afirma, sin que ni por casualidad se le muriera uno solo de los gravísimos heridos á quienes aplicó el prodigioso bálsamo.

Loor, pues, á aquel insigne hombre de ciencia, y un pequeño aplauso para mí, que con el presente articulejo he prestado un servicio no despreciable á la tauromaquia y á la cirugía.

(Dibujos de Romero Orozco.)

LUIS CARMENA Y MILLÁN.





COLETAS Y COLILLAS



¡Y que presumen y se lucen ellos poco, en cuanto *que* le compran á Ramón, supongamos, los primeros botones ó el primer anillo ó la primera leontina «pa er reló»!

Y esto ocurré enseguida que torear dos ó tres novilladas y salen vivos, por milagro de Dios, y no van á la cárcel ó conducidos por tránsitos de justicia y entre guardias civiles, á su pueblo.

—No puede uno quitarse los botonsiyo de la camisa—me decía uno de esos novilleros de tres hierbas, á lo más.

—¿Por qué, hombre?

—Pues que si los mete uno en la casa é préstamo ú los vende á un amigo, en cuanto que le ven sin ojo, le juyen toos como á un apestao, por pobre, y no hay quien le mire á la cara.

Y así van ellos de majos y de *bonitos*, algunos—que dirían los «aficionados» y no á toros.

Por supuesto que todo esto va con los matadores, que son los que ganan «la luz»; que los demás, salvo algún banderillero con pretensiones de personaje, son modestos, por lo menos en el vestir.

Para los matadores es el mundo, que cobran hoy—no digo «que ganan»—cinco mil pesetas, como ayer cobraban y ganaban mil, por corrida, aquellos que ya no existen.

Es una liquidación. . . del toreo; un derroche, en sentido inverso. ¡Los de 250 pesetas á 3.000! ¡Los de 500 á 4.000! ¡Adelante, caballeros!

Los picadores; en cambio, cobran menos que sus antecesores en el ejercicio, y los banderilleros lo mismo, al poco más ó menos.

¡Todo para los jefes!

Así pueden gastar botonaduras y sellos y cadenas y anillos con brillantes.

Por supuesto que yo no soy de los que se quejan porque cobren mucho los matadores: lo que sí creo es que no lo ganan; pero que lo cobren: yo no lo he de pagar.

No sería malo que la subida de precios alcanzara á peones y ginetes, y no fuera solo para los *burgueses* del arte.

Por fin. . . allá ellos.

Pero lo más notable no son las «botonaura» ni las leontinas, ni los anillos con brillantes deslumbrantes y mareantes.

Lo más digno de estudio. . . y de risa es la cohorte de amigos y protectores de los espadas.

Unos, que van á ver si cae algo; otros, para que el mundo los vea acompañando al matador de lujo ó «á la moda»—como apañan la carne de vaca en los *restaurants*;—otros, en clase de inteligentes y críticos y archivos taurinos ambulantes, que todo lo saben y aconsejan al diestro y le infunden los preceptos de *Pepe Illo* y del *P. Mariana*. . . *Pineda*.

Entre todos secuestran al matador.

¡Valientes amigos!: unos lo son por suscripción; otros, por vanidad; otros, por necesidad.

Ea, que, como yo le decía á un matador de toros, á uno que no se ha parecido á los demás en su vida torera:

—Que se pueden perdonar las palmas y los brillantes, por no verse en un secuestro, rodeado por tantos sinvergüenzas.

Entusiasmo y bofetadas.

LLA por los años del 66 al 68, cuando había toreros y no toreadores, y el público, en su mayoría, estaba compuesto de personas inteligentes, y no de horteras vocingleros, la competencia entre *el Tato* y *el Gordito* traía á mal traer á la afición madrileña.

Había que ser necesariamente *tatista* ó *gordista*, so pena de formar en el montón de los esabórios, de aquellos que iban á los toros porque sí y presenciaban la fiesta con el estúpido indiferentismo del que ve jugar una partida de dominó á personas que no le interesan.

Por aquel entonces, la calle de la Aduana, en días de toros, adquiría extraordinaria animación, porque allí solían tener su alojamiento, cuando toreaban en la corte, los dos Antonios rivales: *el Tato* y *el Gordito*.

Una hora antes de la señalada para la corrida, acudían los picadores á casa de sus respectivos *maestros*, dejaban los jamelgos al cuidado de un *mono*, y empezaban á salir á las puertas de sus establecimientos los mercachifles, y á los balcones las parroquianas de aquellos futuros paraísos.

Allí se veía á Pepa la tabernera, una mujer que *quitaba el sentío* y por la que estaban *chalaos* todos los vecinos del barrio sin distinción de edades y jerarquías.

¡Cuántas veces, yo, entonces un chicuelo, sorprendí á más de un *páter* de los muchos que visitaban al maestro Aspa (excelente compositor de música religiosa fincado en la misma calle) dirigiendo á la tabernera miradas incendiarias de esas que parecen decir: «¡Ay, chiquilla; si tú quisieras me perdía contigo!»

La tabernera en cuestión no era *tatista* ni *gordista*; salía á la puerta de su tienda, un poco por curiosidad, un mucho porque la admirasen y algo por presenciar las trifulcas de Blasa la cacharrera y el *señor* Roque, zapatero remendón que tenía su «taller» en un portal frente á la cacharrería.

La Blasa era partidaria acérrima de Antonio Sánchez: y el *señor* Roque adoraba al *Gordito*.

Ambos contendientes animaban la calle con diálogos por el estilo:

—Oiga ustez, maestro, ¿á cómo le paga su mataor los remiendos de las zapatillas?

—Eso de remendar se queda pal otro: el mío las usa siempre nuevas.

—¡Usaban! Si no ganá pa suelas, ¿no vusté que pára menos que un ardilla y pesa mucho?

—¿Lo sabusté por experiencia?

—No; pero me lo ha dicho esa rubia achocolatá que le trae á ustez tan guapo.

—Pues ya quisiá tener mi cara ese torero mariquita, que paece un Niño de la Bola teñío.



—Pa bola el de ustez, que ni que lo hubián inflao (con humo de paja como á los globos. Ahí viene el *Cirineo* (1). ¡Clarol como no pué matar sólo, necesita un judío que le ayude.

—Y á ustez no la vendría mal algún cristiano que la enseñara educación, so deslenguá.

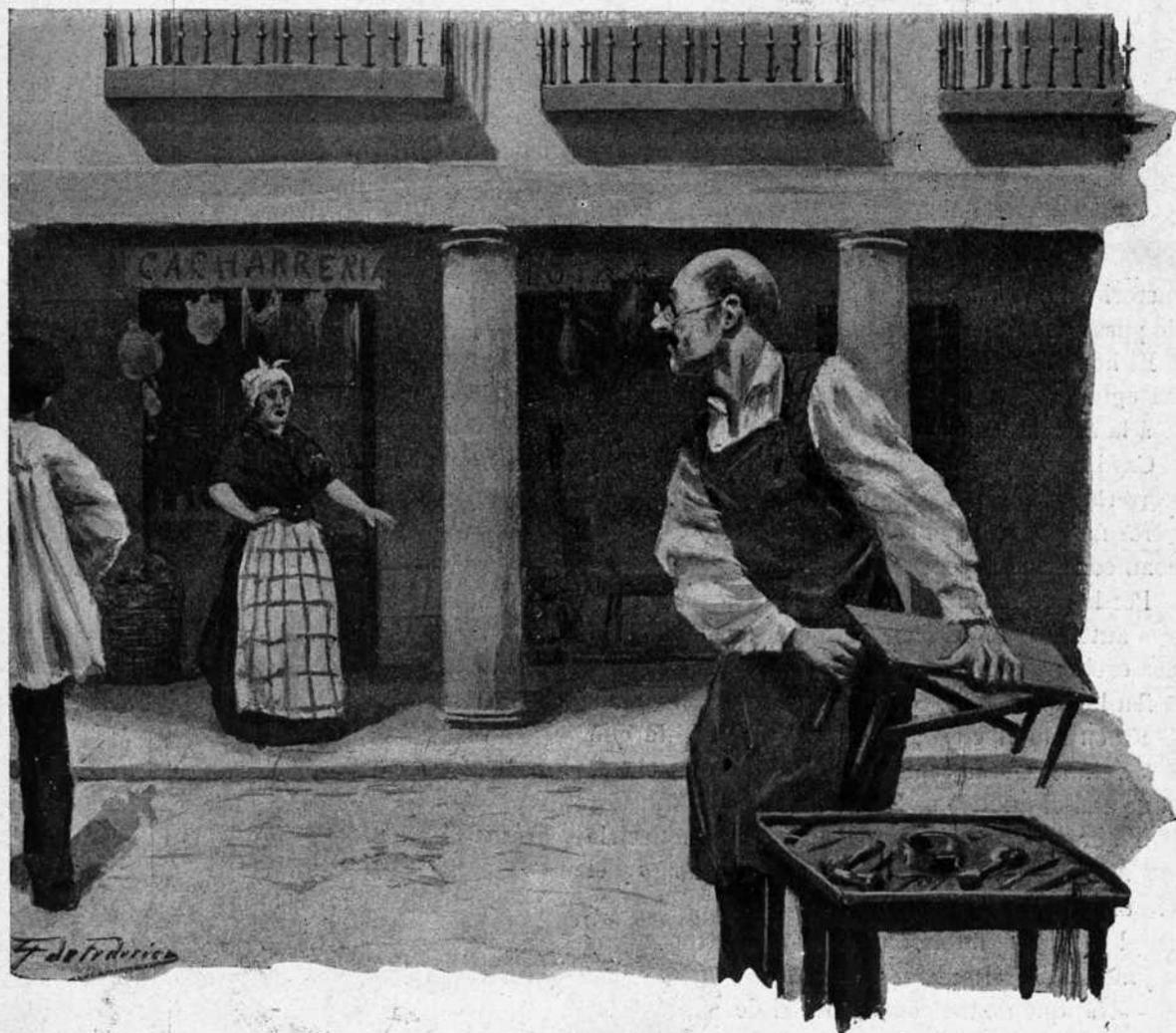
—¡Ay, qué risa! No se atufe ustez, señor conde de la lezna, que va á pillar un tabardillo y se pue quedar ese mónstruo del toreo sin su único abogao.

—El único en mi casa, porque soy solo.

—¡Qué lástima! Debería ustez tener una docena de críos pa que ayudasen al *Gordo* á vestirse y que luego cogiese ca uno un cacho de vestido en la plaza cuando le desnuda el toro. Había quehacer pa los doce.

—¿Quiusté llegar se á la Puerta del Sol á ver si estoy yo allí por casualidaz?

—No, señor; porque me han dicho que estaba ustez ahora en la mesa de noche del *Gordo*.



—Si no fuera ustez una *señora* le tiraba este banquillo á la cabeza.

—¡Por Dios! no lo estropee ustez, que le hará falta á su mataor pa dar el quiebro, porque comó lo pratica siempre que está mal con el estoque, y entadía no ha quedao bien una tarde, se van á concluir las sillas en los almacenes y tendrá que echar mano de tó.

Y se interrumpía el diálogo, para seguirlo más tarde, cuando alguno de aquellos ciegos que improvisaban coplas á porrillo cantaba á los matadores.

Los ciegos no tenían partido; iban á su negocio y jaleaban por igual á los dos rivales.

(1) Banderillero que fué de la cuadrilla del *Gordito*.

Generalmente, la copla que rompía plaza era la de rúbrica:



«Viva el sol, viva la luna,
viva la virgen del Carmen,
y viva todo el que tiene
el corazón agradable.»

A la que seguían otras de este jaez:

«Permita Dios de los cielos
y la Virgen soberana
que á D. Antonio en su vida
le peguen una cornada.»

Como se ve, la copla servía para los dos matadores. Sucedió cierta tarde, que el *Cirineo*, por encargo del *Gordito*, echó un duro al ciego improvisador.

Y quiso la buena suerte del poeta que el *Tato*, en mangas de camisa y ya con la faja y taleguilla puestas, saliera al balcón, oyera una de las coplas y se arrancase á premiarla con una moneda de á cinco duros.

Entonces se armó en la calle un tiberio de padre y muy señor mío. La cacharrera, entusiasmada con la

generosidad de *su mataor*, se las lió con el zapatero y le puso como digan dueñas.

El hombre, que aunque tenía buen vino y muchos aguantes había pisado aquel día mala yerba, dió á la *tatista* dos bofetadas de cuello vuelto.

Cayó la mujer al suelo, salieron las vecinas á socorrerla, vinieron los guindillas, y mientras los toreros montaban en el coche, los dos combatientes daban con sus cuerpos en la prevención.

Por lo que luego respondieron á las preguntas de la autoridad se puso en claro que ni el zapatero ni la cacharrera habían ido nunca á los toros ni sabían lo que era una corrida.

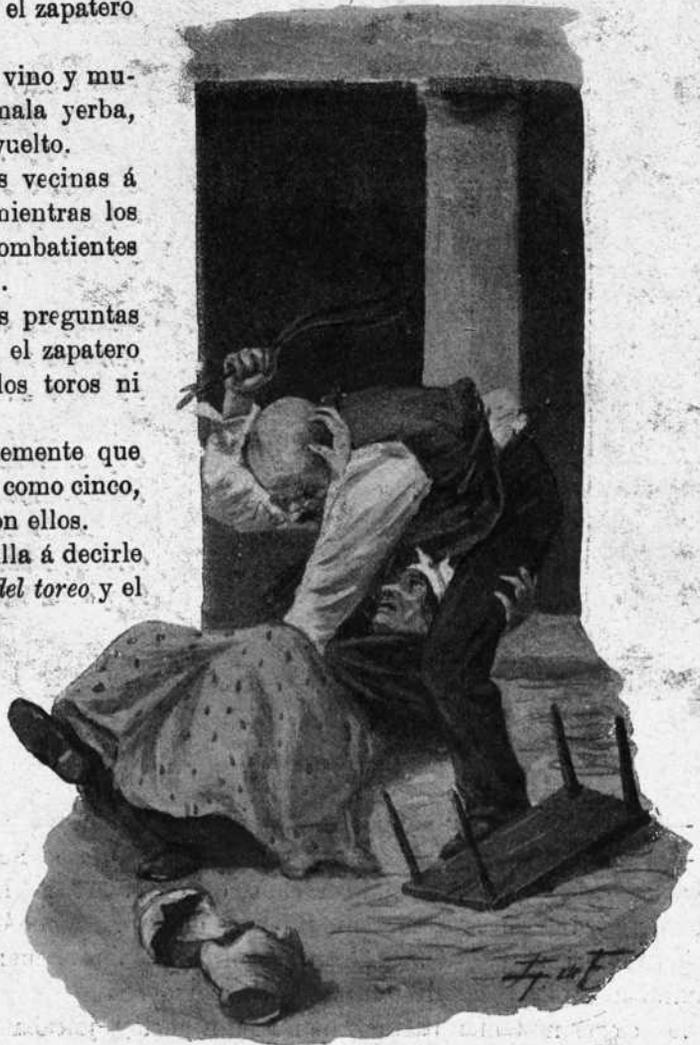
En cuanto al ciego, aseguraba firmemente que *pa él* valía el *Gordo* como uno y el *Tato* como cinco, y que allá el público se las arreglase con ellos.

Y aunque hubiera venido todo Sevilla á decirle que Antonio Carmona era la *gloria del toreo*, y el otro un suicida que vaciaba los bichos con el cuerpo, él hubiera replicado con su práctica filosofía:

—Ná, que no me convencen: el de los cinco duros es el mejor.

PASCUAL MILLÁN.

(Dibujos de G. de Federico.)





Á D. Pascual y á D. Luis Carmena (ambos Millanes).

Ilustres amigos:

No estoy conforme con ustedes en lo que han dicho—con la galanura y el ingenio que á los dos distingue—en este mismo semanario respecto al mérito más ó menos positivo de ese pase que ustedes califican de «barriendo los lomos».

¡Pues apenas tiene importancia no sólo en el terreno taurino, sino en todos los terrenos, eso de «barrer los lomos»!

¿Qué creen ustedes que están haciendo Silvela y Villaverde con el país? Pues... barrerle los lomos.

¿Qué ha hecho *Guerrita* cortándose la coleta tan *en secreto*? Pues barrer los lomos á los aficionados.

¿Qué han logrado los *chulos* y *menegildas* en el «género chico» teatral? Barrer los lomos al arte dramático.

¿Y dicen ustedes que el pase «barriendo los lomos» no merece el aplauso con que es recibido por ignorantes ó imbéciles?

Comprímanse, amigos míos, y no barran los lomos á las pocas ilusiones que nos restan, una vez retirado á las dulzuras del hogar el gran califa cordobés.

Yo creo que los *siniestros* del día—iba á decir *diestros*—se encargarán, no de barrer, sino de fregar, rapar y afeitar los lomos á la fiesta clásica española. Pero mientras llega el fatídico momento, alimentemos como oro en paño las pocas esperanzas que nos quedan.

¿Con que no sirve para nada eso de «barrer los lomos»?

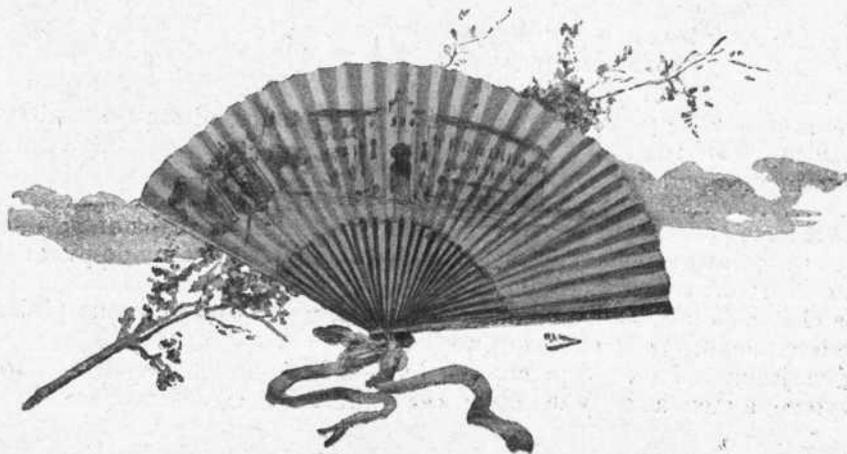
Pues yo juro, con la mano sobre el pecho, que á mí este *novísimo* pase me ha sacado del apuro y he cumplido, aunque mal, palabra locamente empeñada.

Vean ustedes cómo:

«Barriendo los lomos» á este *Almanaque*.

DON MODESTO.

(Dibujos de Romero Orozco.)



El poema de la cigarrera.

A mi predilecto amigo D. Angel Pesini y Pulido.

«De Sevilla, que Sevilla
da, si averiguarlo quieres,
porque de verlo te asombres,
si fuertes y airosos hombres
también gallardas mujeres.»

(Traso: *El Burlador de Sevilla*.—Acto I. Esc. II.)

CANTO PRIMERO

En el riente escenario de los barrios bajos de Sevilla, entre un tiesto de floripeles y la jaula de un canario creció la muchachuela con la exuberancia con que crece todo en esta feraz cuenca del Guadalquivir.

Del canario aprendió la charla, de los floripeles la compostura; y fué por gracia y contoneo á las veladas, y por escuela tuvo la fábrica (que era parienta de una maestra): allí cursó, mientras liaba pitillos, la picardía de la clase y la coquetería del sexo.

Tenía pocos años, diez y seis abriles, que no son años completos, sino primaveras floridas sin espinas ni caída de la hoja—que eso viene más tarde con los pinchazos del amor—en el otoño de las pasiones;—era blanca como la luna, nacarada como la rosa, esbelta como la palmera (las de la Plaza Nueva la tenían envidia), el pelo y los ojos muy negros, aquél sedoso y fino y ondeado; éstos, cristalizados con fulguraciones brillantes; su boca era un estuche de terciopelo rojo entreabierto, dejando ver dos sartas de perlas (este símil es cursi, pero exacto; tan rojos tenía los aterciopelados labios y tan blancos é iguales los dientes diminutos).

Con todos estos encantos sin duda que imagináis una hembra bonita. . . pero estáis muy lejos aún de la realidad, porque la expresión del rostro—la gesticulación—y el movimiento del cuerpo—el andar,—he aquí sus dos mayores encantos.

¡Estas mujeres de Sevilla pisan de una manera!

¡Así andaría Venus sobre las espumas del mar!

Pues bien: cubrid aquel cuerpo estatuario con el crujiente percal recién planchado, con el pañolillo y el mantón de crespón que se cife como malla á las líneas y contornos, y ya os iréis acercando al natural.

¡Cuánto la codiciaban los transeuntes!

¡Cómo le seguían la pista los señorones!

¡Cuál la envidiaban sus compañeras!

Pero ella no miraba á los primeros, ni atendía á los segundos, ni se preocupaba de los terceros.

Ella tenía su novio torero.

¡Oh, palabra mágica para las mozas del barrio!

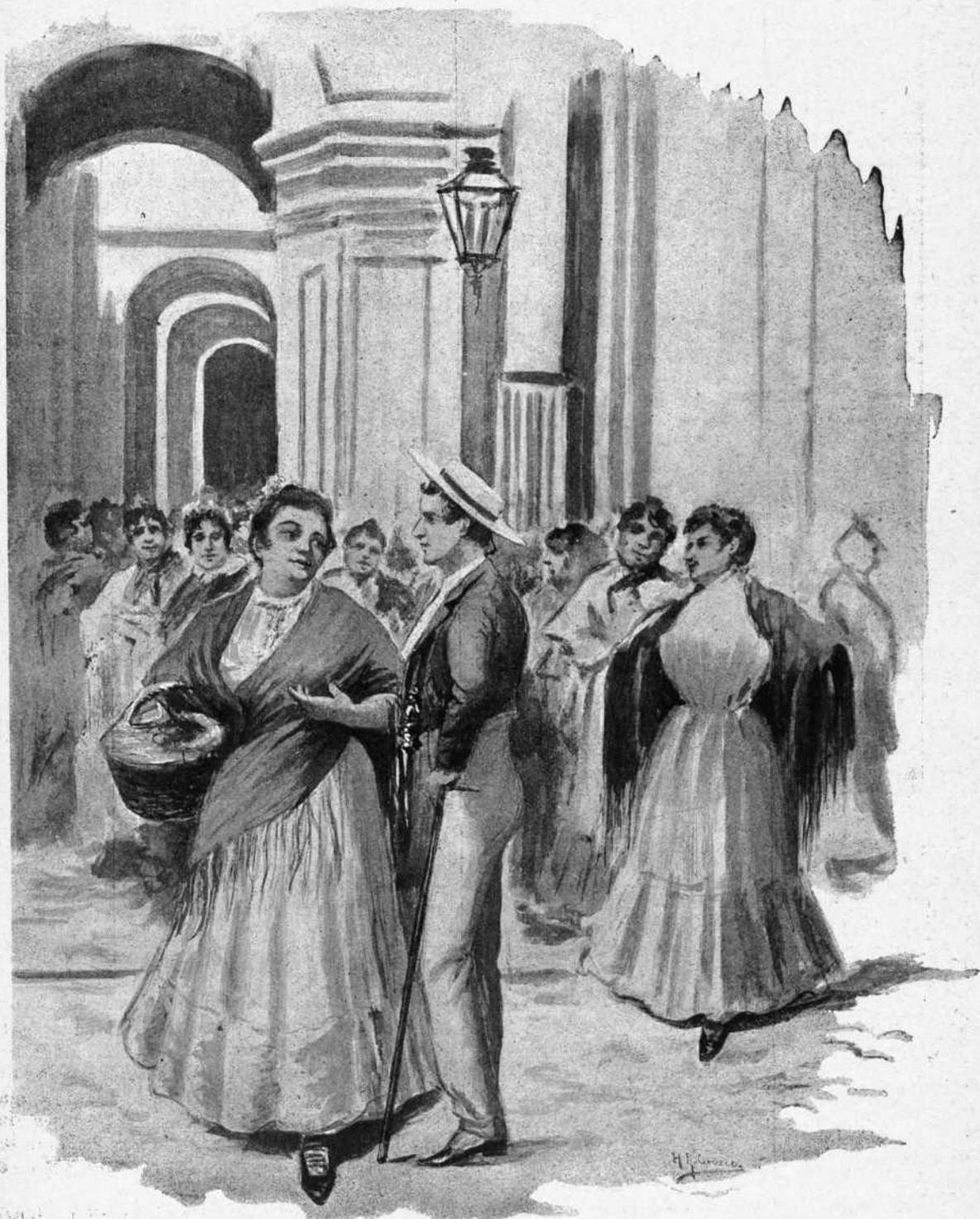
Érase el mozalvete poco mayor de edad que ella, pues apenas peinaba diez y nueve años en los tufos rizosos, y estaba muy espigado de cuerpo para su edad y tenía muy despierta y viva la fisonomía que denotaba precocidad extraordinaria.

Despertaba el mozo á la vida enamorado del peligro, y por esto eran sus pasiones los toros y Carmela—este es el nombre de la chica que va delante.

Allá en las verjas de la fábrica esperaba *Maoliyo*—todavía no tenía apodo—la salida de Carmelita, y me río yo de la escolta real y del coche «de concha» ó el «de *Massarino*» . . .



Esta reina del amor, con su Cupido detrás, no se cambiaba entonces por las que se sientan en tronos. Su reinado sería efímero; ¿pero qué sabía ella del tiempo ni de la eternidad? Ella lo ignoraba todo, menos *amar*. Es el único verbo que aprenden las muchachas del pueblo en la escuela de la pubertad. ¡El soñaba con ser torero! ¡Ella soñaba con ser la mujer del torero!



CANTO SEGUNDO

La tarde otoñal cae triste; no hace frío, sino esa humedad que es escarcha y no es llovizna. . . Algunos coches salpican hasta las aceras el lodo del arrecife, librando de él á los encopetados paseantes los guarda-barros de sus lujosos trenes. La masa de cigarreras empieza á salir en desfile por la calle de San Fernando. Las va despidiendo la puerta de la fábrica á borbotones, como agua

de manantial, y luego que se extienden en el remanso del patio se dividen en arroyos al entrar en la ciudad: quíenes, por las alamedas del Prado y la calle Industria á la Puerta Osario; cuáles, por el centro hasta llegar á los otros barrios. Entre ellas, sale Carmelita, pálida, demacrada, flaca, estenuada; mal envuelta el busto en un mantoncillo de merino negro, bajo el que se descubre un bulto, que asoma su cabecita rubia, colgada de un pecho de la mujer; en la otra mano, en la izquierda, lleva una cestita con los restos de la merienda. Ya no son de terciopelo rojo los labios, ni de rosas el cutis (como no sean rosas té); ya no tienen celos de su cuerpo las palmeras de la Plaza Nueva, y sólo conservan su negro más opaco, pero no menos intenso los ojos, que parecen más grandes y rasgados por las ojeras del rostro y su blanco mate, pero pristino, los dientes menuditos é iguales, cual sarta de perlas. El pelo no es tan abundoso, ni tan largo, pero en lo de negro y ondeado no perdió tampoco nada.

¿Andar? . . . No puede; que el peso del chiquelo y el engorro del cestito quitan firmeza y gallardía á la pisada.

Además va sola. . . sin escolta, quise decir; que compañía sí la lleva en el infante que se le cuelga al pecho con apetito insaciable!

Para los transeuntes pasa desapercibida; los señorones perdieron ya su pista, y las compañeras la miran ahora con cariñosa lástima.

¿Y el torero de los tufos rizados, el que amaba el peligro y escoltaba á la muchacha, á la caída de las tardes estivales?

El Noticiero Sevillano nos informa de él en este suelto:

«Ayer embarcó en Cádiz, con rumbo á Méjico, el matador de novillos Manuel López (*Maoliyo*) con su cuadrilla.»

Ya el mocito esbelto es torero. Carmelita, no es todavía su mujer. . . pero es ya madre.

¡Madre del hijo del torero!

CANTO TERCERO

Siguió Carmelita en la fábrica liando pitillos por el diario jornal con que criar á su hijo.

De tiempo en tiempo, alguno que venía de

América le contaba las proezas taurinas de *Maoliyo*. . . le decía la ciudad de aquellos estados donde residía y hasta le facilitaba las señas de la fonda en donde *paraba*. . . ; la mujercita buscaba entonces quien le escribiera senda epístola de quejas y reproches, y en alguna puso también el retrato del infante, el pequeño *Maoliyo* que las amigas y vecinas decían parecerse todo á su padre.

Y el padre no contestaba. Para Carmelita el mar era cosa así como un inmenso buzón que se tragaba sus cartas con súplicas y reconvenciones.

Y así pasaron años, y creció el chiquillo, y desesperó Carmelita de saber de *Maoliyo*: creció el muchacho, oyendo decir que su padre era torero y que estaba en América—y fluctuaba su afición entre el mar y los toros,—pero no tenía todavía edad de saber que su padre le negaba cariño y nombre.

El amor de Carmelita, expuesto á los embates del olvido y á los peligros del abandono, fué disminuyendo en exteriorización y escondiéndose en lo más recóndito del corazón de la hembra, agarrándose á él como yedra al tronco, para tomar con su sávia más vigor y fuerza. Repuesta ya del quebranto de su salud, volvieron los mozos á requebrarla, los señorones á perseguirla; pero las amigas no la envidiaron ya, porque las mujeres, por lo general, no tienen más que un ídolo—el hombre—y un culto—el lujo,—y Carmelita carecía del uno y del otro.

Con las proezas taurinas de *Maoliyo* contaban amigos y compañeros que de allí venían, lances amorosos, derroches de lujo, alardes de opulencia y aventuras mil que formaban la gloriosa odisea del torero andaluz en Méjico. Allí *Maoliyo* conoció nuevos amores más estimulantes para su desordenado apetito; *se rifó* unas veces, *se ferió* otras y *se vendió* siempre; que *darse*, en la psíquica acepción de la palabra, no es *dable* á los mortales más que una vez—cuando se confunden sensualidad y espiritualismo en la fusión pasional del primer amor!

Y entre los placeres de su vida y los azares de su profesión, olvidó *Maoliyo* tan por completo



aquella fusión amorosa que un tiempo le hiciera feliz, que se juzgaba libre y vivía contento.

Pero un toro negro zaino, grande, bien armado, fino de lámina, alto de agujas y ligero de piés, fué el instrumento de la Justicia Divina (al decir de las comadres del barrio de Carmela), que despertó la conciencia de *Maoliyo* al recuerdo de días lejanos. Le tocó en suerte matarlo una tarde de Marzo en la plaza de Bucarelli, y él fué el muerto.

El toro, que se llamaba *Carmelo*, lo enganchó, lo volteó, lo corneó y lo paseó en las astas cual trofeo del vencimiento.

Al volver en sí sobre la arena del ruedo, no se sabe lo que pasó por *Maoliyo*; sólo se supone que no vió la plaza ni á los toreros, ni al público, y sólo veía al toro negro, y en su fondo oscuro, allá lejos, las siluetas enlutadas de una mujer y un niño: la mujer era Carmelita, su novia de Sevilla; el niño se parecía mucho á él.

Vuelto del espasmo, reconocidas como muy graves las heridas, de pronóstico reservado, llevaron á *Maoliyo* á la fonda con grandes precauciones y cuidados, y allí recibió al tiempo mismo de la Extremaunción, otro sacramento por él solicitado: el del matrimonio *in articulo mortis*.

Y á los pocos días espiró el torero, en la flor de la edad, en la plenitud de sus facultades y en el auge de su fama torera.

El mar, que tantas cartas de Carmelita parecía haberse tragado, trajo por fin una de *Maoliyo* y voluminosa y expresiva. . . El abultado sobre contenía dos pliegos: la partida de defunción y la partida de casamiento.

Y así Carmelita fué la mujer del torero; ¡pero á costa de cuánto dolor!

Y por el casamiento de los padres se legitimó el hijo, que no supo de su padre hasta después de muerto.

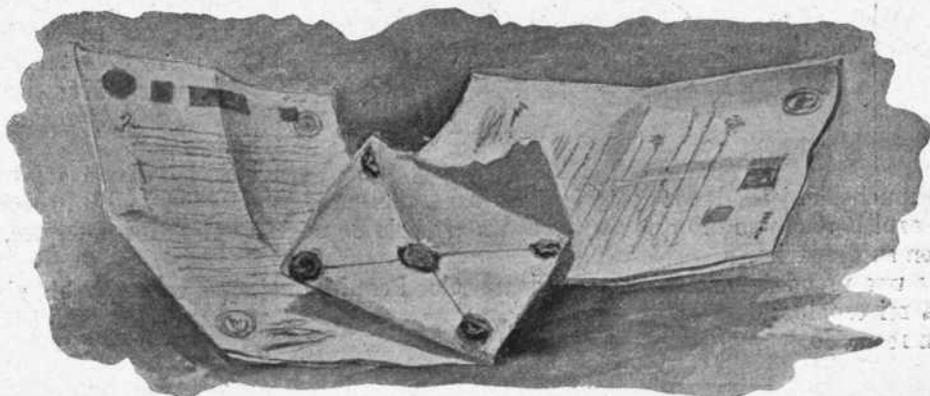
Por casos como éste, se arraiga mucho en el pueblo la creencia fatalista de que *quien la hace la paga*, en esta vida, sin esperar el castigo del tránsito forzoso de la muerte.

RICARDO FERNÁNDEZ DE MIRANDA.

(Maestro Estokati.)

Sevilla.

(Dibujos de Romero Orozco.)



El capote azul.

CELEBRABA el matador su fiesta onomástica y yo fui con varios amigos á estrechar aquella diestra callosa que tantas veces había tocado el sangriento morrillo de los toros, al hundir los estoques en el sitio de la muerte, y á beber una copa de rancio Montilla á la salud del ídolo popular.

Apenas atravesamos los umbrales de su casa, su *niño*, como él la llamaba, nos salió al encuentro Manuel, vestido con el traje de gran gala, lo mejor del arca: pantalón de punto, que le caía graciosamente sobre las botas de charol, rica chaquetilla de terciopelo con largos alamares de oro y blanca pechera de batista bordada con primor, en la que lucían hermosos botones de brillantes claros como gotas de agua.

—Pasen *ostés* adelante. Los *güenos* amigos se hacen *esperá*.

—Bien sabes que se te quiere.

Penetramos en el *estradio* lleno de deudos y conocidos del torero, entre los cuales se *rifaban* unas

cuantas mujeres, legítimo ornato de la encantadora Andalucía, de cuerpo mediano y garboso, cara redonda y morena, cabellos como la endrina, ojos negros é inquietos, labios frescos é incitantes y dientes menudos. Allí se charlaba y se reía tanto que casi no se percibía el rasgueo de dos guitarras tocadas por dos mozos juncales de la cuadrilla de Manuel.

—Venga, Paquita; venga una de esas que corean los ángeles.

Y Paquita, sentada á *la vera* de los tocadores, cantó con el estilo del propio Perchel:

Tengo una pena *mu* grande,
una pena que *m'ajoga*,
que me han dicho las *estrellas*
que ayer te vieron con otra.

—¡Olé las *jembras* con recursos!
¡Salerosal!

—¡Viva la *mare* que te dió de mamar, gracia *fundía*!

Las palmas y los elogios á la *cantaora* se prodigaron hasta que ésta se arrancó de nuevo con una *soleá*:

Serrano é *mi via*,
que en *er* barrio enterito se saben
tus malas *partías*.

—¡Ea, señores, á *remojá* las gargantas!—dijo Manuel á los concurrentes, que se precipitaron sobre la mesa del comedor, repleta de golosinas y vinos, como alegre bandada de pájaros sobre rubios trigales.

Yo me quedé atrás curioseando, y entre muchos objetos de arte y trofeos taurinos, me llamó la atención un lindo capote de paseo de raso azul bordado en oro que dentro de un armario de nogal, entre dos estoques, guardaba mi amigo en su despacho.

—¡Vaya una prenda!—exclamé, creyéndome sólo. Pero Manuel, que no me había abandonado, respondió á mi espalda:

—Es un recuerdo.



—¿De algún compañero retirado *del oficio*?

—No, señor; mío.

—¿Y se puede saber la historia? . . .

—Es *mu* triste y siento que se le agüe á *osté* la fiesta.

—No, por mí no lo haga. Tengo mucha curiosidad en conocerla y mejor ocasión que ahora no se nos ha de presentar.

—Pues hágase *osté* todo oreja. La probetica aquélla, *Sañá*, mi novia, la *mujé* más *saláa* y más noble que ha *nació* de madre, tenía mucho empeño en bordarme un capote de paseo que dejara *bizer* público. Ella estaba contenta porque pronto se realizarían nuestros deseos, pero nunca me decía *náa* *der* trabajo. Una tarde, antes de ir á *toreá*, siguiendo mi costumbre, fuí á verla y á enseñarle un bonito terno corinto y oro que estrenaba. Verme y salirsele á la cara la alegría, fué una sola cosa.

—Para ese traje tengo yo otro capote que te regalo. Y como una *loquiya* corrió á su cuarto por el que ve *osté* ahí, que puso sobre mis hombros.

—Gracias, hija mía. Pues este capote *bordao* por esas manos tan rechiquitas, vale *pa* mí más que el mayor tesoro.

Llegaron después los muchachos de mi *cuadriya*, y, en un landó *tirao* por cuatro jacas con muchos moños y cascabeles, nos fuímos á la plaza.

¡Jesú, qué tarde aquélla! *Er* só era más fuerte que nunca; el aire parecía *embarsamao* *po* las flores de los jardines; la gente se atropellaba *po llená* los *tendíos*, las *gráas*, los *parcos*, *tóas* las *localidaes*. Cuando hicimos *er* paseo, no veíamos más que una masa *comparta* de carne é criaturas.

Cáa cual en su sitio, salió el primer toro, un bicho bravo y duro como *er* bronco. En menos que se dice, dejó fuera é combate siete pencos. Tocan á *banderiya* y . . . ¡que si quieres! ¡*Cuarquiera* se acercaba á aquel gachó! Como pudieron, clavaron tres pares y medio de palos y . . . á lo otro.

Misté, como en *tropé*, se me vino *ar* pensamiento la figura de aquella niña, su cara alegre, su cariño, su *orsequio*, *tóo*. Tomé los trastos, brindé y me fuí hacia *er* toro, que escarbaba como un *enterrao*, y desplegué *er* trapo rojo en los mismos hocicos. Después *der primé* pase le dí otros, que *er* público aplaudió con entusiasmo, y apenas lo ví *cuadro*, dije ¡ya es mío! y me tiré á *ér* con coraje.

Después. . . *náa*. Oí lejos los gritos de la gente, miré á *tóos* *laos*, y me ví *tendío* en un camastro de la enfermería y *rodeao* de curiosos. Según me dijeron, me *partó* la mano izquierda, no vacié, y fuí

daba la infeliz en una *arcancia*, y cuando pensó que podía *comenzá* la *labó*, á *escondías* de mí, sin que yo me enterara, mercó los avíos de *bordá*, y sin *pestañeá*, se pasaba las horas dando *puntáas* y más *puntáas*.

Yo era ya *mimao* por á los cuernos de *aquer mardecio*. Yo curé pronto de mi *hería*, pero mi *Salucita*, antes tan alegre, fué poniéndose triste, *mu* triste; su cara perdió su *coló* de rosa; los ojos perdieron su brillo y *adergasó* hasta *quearse* finucha como una *jebra*. Cuando volví de *toreá* una *corría* fuera de mi tierra, me la encontré *cadáve*. ¡No habían *querío* darme la mala noticia hasta que estuviera á *sarvol*!

¡Probetica mía!—dijo, rodándosele las lágrimas;—caro le salió *er queré* verme estrená *er* capote de paseo que con tantos apuros bordó. No podré *orviarla* nunca, y por eso tengo *guardáa* esa prenda, que no me he *vuerto á poné* más.

En el comedor se oían las risas y el charloteo de los convidados.

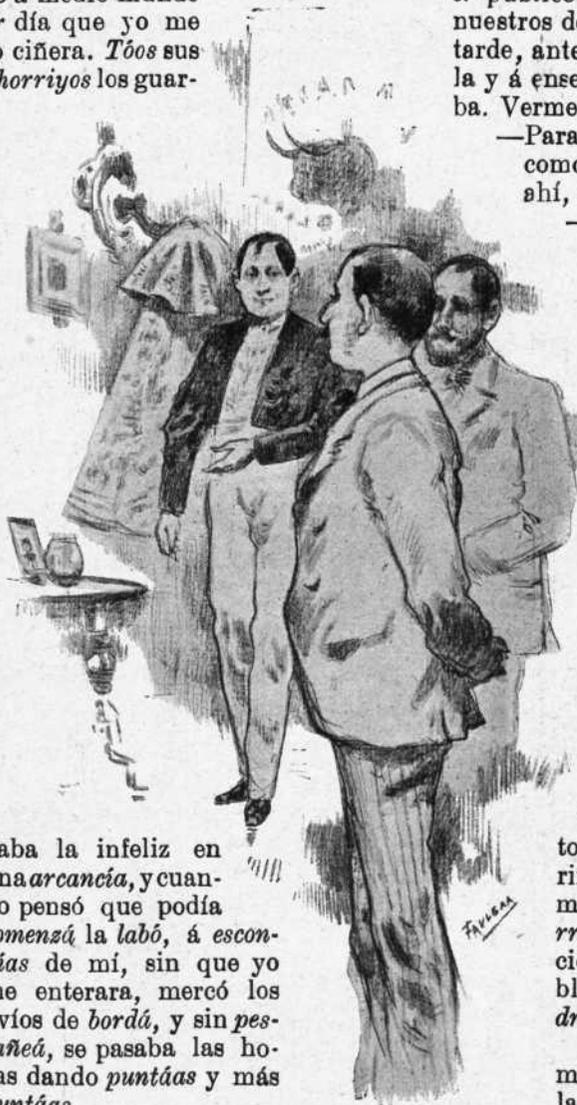
—¡Ea, muchacho, quién dijo penas!—exclamé, disimulando el pesar que me producía la historia relatada.—Vámonos con ellos y Dios te dé suerte.

Las guitarras volvieron á oirse, repiquetearon los palillos y el valiente torero pareció estar muy satisfecho de la fiesta; pero yo creo que, como suele decirse, la procesión iba por dentro, cosa natural en los hombres que sonríen ante el peligro.

A. ESCAMILLA RODRÍGUEZ.

Córdoba.

(Dibujos de Moreno Taulera.)



ENERO

- 1 Lun. La Circuncion del Señor.
2 Mar. Santos Macario e Isidoro.
3 Miér. Santa Genoveva y San Daniel.
4 Juev. Santos Aquilino y Tito.
5 Vier. San Teodoro, p.
6 Sab. La adoracion de los Stos. Reyes.
7 Dom. La adoracion de los Stos. Reyes.
8 Lun. Santos Julián y Jenaro.
9 Dom. Santos Julián y Jenaro.
10 Lun. San Luciano, presbítero.
11 Juev. San Julián, mártir.
12 Mar. San Gonzalo de Amarante.
13 Miér. San Higinio, papa.
14 Juev. San Benito y Victoriano.
15 Vier. Santos Benito y Victoriano.
16 Sab. El Dulcísimo nombre de Jesús.
17 Dom. San Fulgencio, p. de Plasencia.
18 Lun. San Antonio, abad.
19 Mar. San Antonio, abad.
20 Miér. San Antonio, abad.
21 Juev. Santa Sara y San Pedro.
22 Mar. Santa Sara y San Pedro.
23 Sab. Santa Sara y San Pedro.
24 Dom. Santa Sara y San Pedro.
25 Lun. San Anasasio, mártir.
26 Mar. San Anasasio, mártir.
27 Juev. San Anasasio, mártir.
28 Mar. Nuestra Señora de la Paz.
29 Lun. Nuestra Señora de la Paz.
30 Mar. Nuestra Señora de la Paz.
31 Miér. Nuestra Señora de la Paz.

FEBRERO

- 1 Juev. Santos Ignacio y Severo.
2 Vier. La Purificacion de N.ª Sra.
3 Sab. El beato Nicolás Longobardi.
4 Dom. San Andrés Corsino.
5 Lun. Santos Agueda y Calamanda.
6 Mar. Santa Dorotea, virgen.
7 Miér. San Romualdo, abad.
8 Juev. Santos Dionisio y Emiliano.
9 Vier. Santa Apolonia, virgen.
10 Sab. Santos Escolástica y Sotera.
11 Dom. de Septuagésima. San Lázaro.
12 Lun. Santa Eulalia y San Ezequiel.
13 Mar. Santa Catalina de Ricci.
14 Miér. San Valentín, mártir.
15 Juev. San Severo, presbítero.
16 Vier. Santos Elías e Isaias.
17 Sab. San Alejo de Falconieri, conf.
18 Dom. de Sexagésima. San Simeón.
19 Lun. San Conrado, abad.
20 Mar. Santos León y Eleuterio.
21 Miér. Santos Maximiano y Félix.
22 Juev. La Catedral de San Pedro.
23 Vier. Santa Marta, p.ª de Astorga.
24 Sab. Santos Matías y Modesto.
25 Dom. de Quincuagésima (Carnaval).
26 Lun. Santos Alejandro y Fortunato.
27 Mar. San Baldomero, confesor.
28 Miér. de Ceniza. San Basilio.

MARZO

- 1 Juev. El Santo Angel de la Guarda.
2 Vier. San Pablo.
3 Sab. Santos Emeterio y Celso.
4 Dom. I de Cuaresma. San Lucas.
5 Lun. Santos Eusebio y Cirilo.
6 Mar. Santos Víctor y Cirilo.
7 Miér. Santo Tomás de Aquino.
8 Juev. Santos Cirilo y Urbano.
9 Vier. Santa Francisca.
10 Sab. Santa Francisca.
11 Dom. II de Cuaresma. San Gregorio el Magno.
12 Lun. San Gregorio el Magno.
13 Mar. Santa Cristina.
14 Miér. Santa Cristina.
15 Juev. Santa Florentina.
16 Sab. San Raimundo.
17 Dom. Santa Gertrudis.
18 Lun. San José.
19 Mar. San José.
20 Juev. San José.
21 Sab. San José.
22 Dom. San José.
23 Lun. San José.
24 Mar. San José.
25 Juev. San José.
26 Sab. San José.
27 Dom. San José.
28 Lun. San José.
29 Mar. San José.
30 Juev. San José.
31 Miér. San José.

JULIO

- 1 Juev. La Preciosa Sangre de N.ª S.ª.
2 Vier. La Vistacion de Ntra. Señora.
3 Sab. Santos Trifón y Jacinto.
4 Dom. San Laureano, arzobispo.
5 Lun. San Miguel de los Santos.
6 Mar. Santos Dominica y Lucía, virgs.
7 Miér. Santos Dominica y Lucía.
8 Juev. Santos Claudio y Fermín.
9 Vier. Santos Claudio y Fermín.
10 Sab. Santa Isabel, v.ª, reina Portugal.
11 Dom. Santa Isabel, v.ª, reina Portugal.
12 Lun. Santa Isabel, v.ª, reina Portugal.
13 Mar. Santa Isabel, v.ª, reina Portugal.
14 Miér. Santa Isabel, v.ª, reina Portugal.
15 Juev. Santa Isabel, v.ª, reina Portugal.
16 Sab. Santa Isabel, v.ª, reina Portugal.
17 Dom. Santa Isabel, v.ª, reina Portugal.
18 Lun. Santa Isabel, v.ª, reina Portugal.
19 Mar. Santa Isabel, v.ª, reina Portugal.
20 Juev. Santa Isabel, v.ª, reina Portugal.
21 Sab. Santa Isabel, v.ª, reina Portugal.
22 Dom. Santa Isabel, v.ª, reina Portugal.
23 Lun. Santa Isabel, v.ª, reina Portugal.
24 Mar. Santa Isabel, v.ª, reina Portugal.
25 Juev. Santa Isabel, v.ª, reina Portugal.
26 Sab. Santa Isabel, v.ª, reina Portugal.
27 Dom. Santa Isabel, v.ª, reina Portugal.
28 Lun. Santa Isabel, v.ª, reina Portugal.
29 Mar. Santa Isabel, v.ª, reina Portugal.
30 Juev. Santa Isabel, v.ª, reina Portugal.
31 Miér. Santa Isabel, v.ª, reina Portugal.

AGOSTO

- 1 Miér. San Pedro Advíncula.
2 Juev. Ntra. Sra. de los Angeles.
3 Vier. La Inv. de San Esteban.
4 Sab. Santo Domingo de Guzmán.
5 Dom. Ntra. Sra. de las Nieves.
6 Lun. La Transfiguracion del Señor.
7 Mar. Santos Cayetano y Alberto.
8 Miér. Santos Emiliano y Ciríaco.
9 Juev. Santos Román y Marciano.
10 Vier. San Lorenzo.
11 Sab. San Tiburcio y Sta. Filomena.
12 Dom. Santa Clara y San Eusebio.
13 Lun. Santos Casiano y Hipólito.
14 Mar. San Calixto.
15 Miér. La Asuncion de Ntra. Señora.
16 Juev. S. Roque, abogado de la peste.
17 Vier. San Paulo y Santa Juliana.
18 Sab. Santa Clara de Monte Falco.
19 Dom. San Joaquín.
20 Lun. San Bernardo, abad.
21 Mar. Sta. Juana Francisca Fremiot.
22 Miér. Stos. Fabriciano y Timoteo.
23 Juev. San Felipe Benicio, confesor.
24 Vier. San Bartolomé.
25 Sab. Santos Luis y Ginés.
26 Dom. Santos Cesario y Alejandro.
27 Lun. San José de Calasanz.
28 Mar. Santos Agustín, Cayo y Pelayo.
29 Juev. La degollacion de S. Juan B.
30 Sab. Santa Rosa de Lima.
31 Miér. San Ramón Nonnato.

SEPTIEMBRE

- 1 Sab. La Predestinacion de N.ª S.ª.
2 Dom. San Antón, mártir.
3 Lun. San Columbiano y Sta. Serapia.
4 Mar. Ntra. Señora de la Consolacion.
5 Miér. San Lorenzo Justiniانو.
6 Juev. San Eleuterio, abad.
7 Sab. Nuestra Señora de los Reyes.
8 Dom. El Dulce Nombre de Maria.
9 Lun. San Nicolás de Tolentino.
10 Mar. Nuestra Señora de las Viñas.
11 Miér. Santos Leocadio y Silvino.
12 Juev. Santos Leocadio y Silvino.
13 Sab. La Exaltacion de la Sta. Cruz.
14 Dom. Los Dolores gloriosos de N.ª S.ª.
15 Lun. Santo Tomás de San Francisco.
16 Mar. Aparic. de la Virgen de Villanueva.
17 Juev. Santos Eustaquio y Agapita.
18 Sab. San Mateo.
19 Dom. San Mateo.
20 Lun. N.ª S.ª de las Mercedes. Otona.
21 Mar. Santa María de Cervellón.
22 Vier. Santos Amancio y Cipriano.
23 Sab. S. Wenceslao y Damían.
24 Dom. La Dedic. de S. Miguel Arcángel.
25 Lun. Santos Jerónimo y Gregorio.

MAYO

- 1 Mar. Santos Felipe y Santiago.
2 Miér. Santos Anastasio y Félix.
3 Juev. San Alejandro.
4 Vier. Santos Paulino y Ciríaco.
5 Sab. San Pio V., papa.
6 Dom. El Patrocinio de San José.
7 Lun. Santos Augusto y Domitila.
8 Mar. Ntra. Sra. de los Desamparados.
9 Miér. Santos Lucas y Gregorio.
10 Juev. San Antuino.
11 Vier. Santos Florencio y Anastasio.
12 Sab. Santo Domingo de la Calzada.
13 Dom. San Pedro Regalado.
14 Lun. Santos Bonifacio y Pascual.
15 Mar. San Isidro, labrador.
16 Miér. San Juan Nepomuceno.
17 Juev. San Pascual Bailón.
18 Vier. San Félix y Sta. Emerenciana.
19 Sab. Santos Pedro y Celestino.
20 Dom. San Bernardino de Sena.
21 Lun. San Victorio.
22 Mar. Santa Rita de Casia.
23 Miér. Santos Basilio y Desiderio.
24 Juev. La Ascension del Señor.
25 Vier. San Gregorio VII.
26 Sab. San Felipe Neri, obispo.
27 Dom. San Juan y Santa Restituta.
28 Lun. Santos Justo y Luciano.
29 Mar. Santa Teodosia.
30 Miér. San Fernando, rey de España.
31 Juev. Santa Petronila.

JUNIO

- 1 Vier. Ntra. Sra. de la Luz y S.
2 Sab. San Marcelino.
3 Dom. Pascua de Pentecostés.
4 Lun. San Francisco Caracciolo.
5 Mar. San Francisco Caracciolo.
6 Miér. San Felipe.
7 Juev. Santos Roberto y Pablo.
8 Sab. San Feliciano, obispo.
9 Vier. San Feliciano, obispo.
10 Dom. San Feliciano, obispo.
11 Lun. Santos Bernabé y Félix.
12 Mar. San Antonio de Padua.
13 Sab. Nuestra Señora de los Milagros.
14 Dom. San Antonio de Padua.
15 Lun. San Antonio de Padua.
16 Mar. San Antonio de Padua.
17 Miér. San Antonio de Padua.
18 Juev. San Antonio de Padua.
19 Sab. San Antonio de Padua.
20 Dom. San Antonio de Padua.
21 Lun. San Antonio de Padua.
22 Mar. San Antonio de Padua.
23 Juev. San Antonio de Padua.
24 Sab. San Antonio de Padua.
25 Dom. San Antonio de Padua.
26 Lun. San Antonio de Padua.
27 Mar. San Antonio de Padua.
28 Juev. San Antonio de Padua.
29 Sab. San Antonio de Padua.
30 Dom. San Antonio de Padua.

OCTUBRE

- 1 Lun. El Santo Angel Custodio.
2 Mar. San Angel Custodio.
3 Miér. Santos Andrés y Esteban.
4 Juev. Santos Andrés y Esteban.
5 Sab. Santos Andrés y Esteban.
6 Dom. Nuestra Señora del Rosario.
7 Lun. Nuestra Señora del Rosario.
8 Mar. Nuestra Señora del Rosario.
9 Miér. Nuestra Señora del Rosario.
10 Juev. Nuestra Señora del Rosario.
11 Sab. Nuestra Señora del Rosario.
12 Dom. Nuestra Señora del Rosario.
13 Lun. Nuestra Señora del Rosario.
14 Mar. Nuestra Señora del Rosario.
15 Juev. Nuestra Señora del Rosario.
16 Sab. Nuestra Señora del Rosario.
17 Dom. Nuestra Señora del Rosario.
18 Lun. Nuestra Señora del Rosario.
19 Mar. Nuestra Señora del Rosario.
20 Juev. Nuestra Señora del Rosario.
21 Sab. Nuestra Señora del Rosario.
22 Dom. Nuestra Señora del Rosario.
23 Lun. Nuestra Señora del Rosario.
24 Mar. Nuestra Señora del Rosario.
25 Juev. Nuestra Señora del Rosario.
26 Sab. Nuestra Señora del Rosario.
27 Dom. Nuestra Señora del Rosario.
28 Lun. Nuestra Señora del Rosario.
29 Mar. Nuestra Señora del Rosario.
30 Juev. Nuestra Señora del Rosario.

NOVIEMBRE

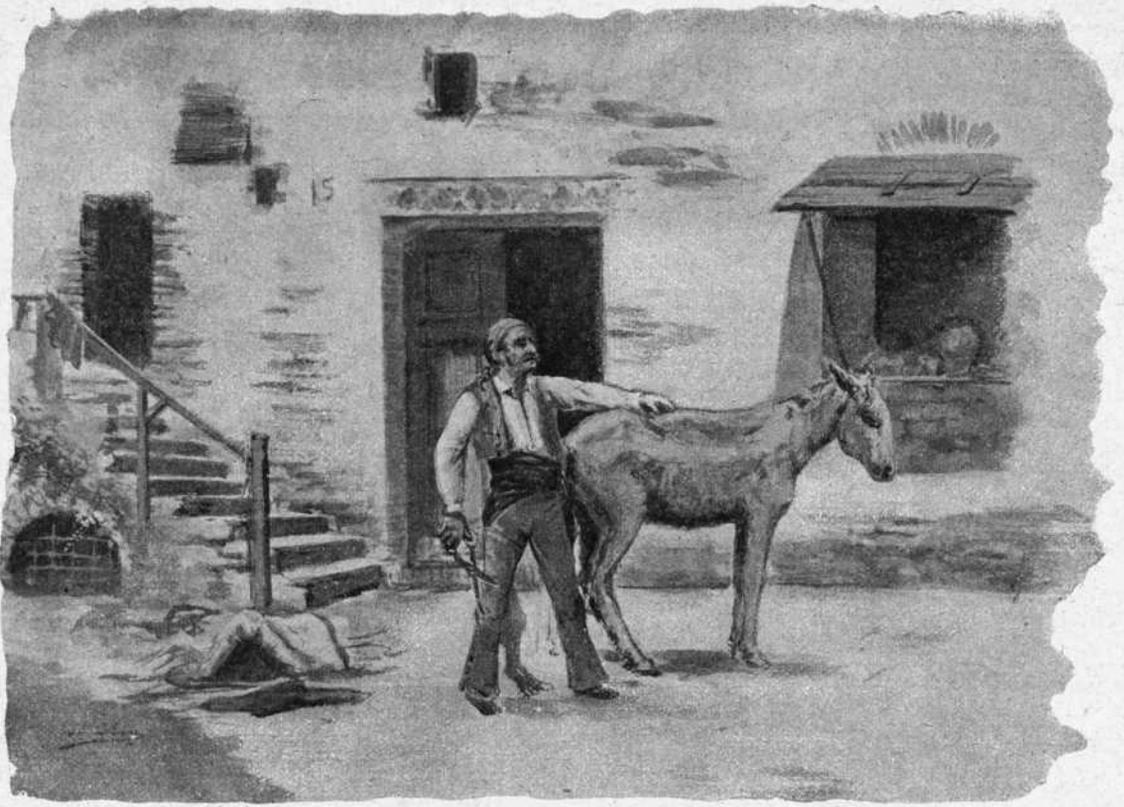
- 1 Juev. La Fiesta de Todos los Santos.
2 Vier. La comun. de los difuntos.
3 Sab. San Valentín, presbítero.
4 Dom. San Carlos Borromeo.
5 Lun. San Zacarías, profeta.
6 Mar. San Leonardo, confesor.
7 Miér. San Herculano, obispo.
8 Juev. Santos Severiano y Victorino.
9 Vier. Ap. de la Virg. de Almodena.
10 Sab. Santos Aniano y Demetrio.
11 Dom. Stos. Martín, ob., y Bartolomé.
12 Lun. San Martín, papa.
13 Mar. Stos. Estanislao y Eugenio III.
14 Miér. Santos Serapio y Rufo.
15 Juev. San Eugenio I, arzobispo.
16 Vier. Santos Rufino y Marcos.
17 Sab. Santos Acisclo y Gregorio.
18 Dom. El Patrocinio de Ntra. Señora.
19 Lun. Sta. Isabel, reina de Hungría.
20 Mar. San Félix de Valois.
21 Miér. Santos Esteban y Honorio.
22 Juev. Santa Cecilia y San Filemón.
23 Sab. San Clemente, papa.
24 Dom. San Juan de la Cruz.
25 Lun. Santa Catalina, virgen.
26 Mar. Los stos. Mártires de Córdoba.
27 Juev. Santos Virgilio y Facondo.
28 Sab. San Gregorio III, papa.
29 Juev. Santa Iluminada, virgen.
30 Miér. San Andrés, patrón de Bas.

DICIEMBRE

- 1 Sab. San Eloy y Santa Natalia.
2 Dom. I de Adviento. Santa Elibiana.
3 Lun. San Francisco Javier.
4 Mar. Santa Bárbara.
5 Miér. San Sabas, abad.
6 Juev. Santos Nicolás de Bari, obispo.
7 Sab. La Pur.ª Concep. de Ntra. Sra.
8 Dom. La Pur.ª Concep. de Ntra. Sra.
9 Lun. Nuestra Señora de Guadalupe.
10 Mar. Santa Lucía, virgen.
11 Miér. Santa Lucía, virgen.
12 Juev. Santa Lucía, virgen.
13 Sab. Santa Lucía, virgen.
14 Dom. Santa Lucía, virgen.
15 Lun. Santa Lucía, virgen.
16 Mar. Santa Lucía, virgen.
17 Juev. Santa Lucía, virgen.
18 Sab. Santa Lucía, virgen.
19 Dom. Santa Lucía, virgen.
20 Lun. Santa Lucía, virgen.
21 Mar. Santa Lucía, virgen.
22 Juev. Santa Lucía, virgen.
23 Sab. Santa Lucía, virgen.
24 Dom. Santa Lucía, virgen.
25 Lun. Santa Lucía, virgen.
26 Mar. Santa Lucía, virgen.
27 Juev. Santa Lucía, virgen.
28 Sab. Santa Lucía, virgen.
29 Dom. Santa Lucía, virgen.
30 Lun. Santa Lucía, virgen.
31 Miér. Santa Lucía, virgen.

ABRIL

- 1 Dom. de Pasión. Santa Teodora.
2 Lun. San Francisco de Paula.
3 Miér. Santos Isidoro y Ambrosio.
4 Juev. San Vicente Ferrer.
5 Sab. de Dolores. San Celestino.
6 Dom. San Epifanio.
7 Lun. San Epifanio.
8 Mar. Santa María Cleofé.
9 Miér. Santa María Cleofé.
10 Juev. Santa María Cleofé.
11 Sab. Santa María Cleofé.
12 Dom. Santa María Cleofé.
13 Lun. Santa María Cleofé.
14 Mar. Santa María Cleofé.
15 Juev. Santa María Cleofé.
16 Sab. Santa María Cleofé.
17 Dom. Santa María Cleofé.
18 Lun. Santa María Cleofé.
19 Mar. Santa María Cleofé.
20 Juev. Santa María Cleofé.
21 Sab. Santa María Cleofé.
22 Dom. Santa María Cleofé.
23 Lun. Santa María Cleofé.
24 Mar. Santa María Cleofé.
25 Juev. Santa María Cleofé.
26 Sab. Santa María Cleofé.
27 Dom. Santa María Cleofé.
28 Lun. Santa María Cleofé.
29 Mar. Santa María Cleofé.
30 Juev. Santa María Cleofé.
31 Miér. Santa María Cleofé.



El tío Prejumina.

No es un cuento, sino pura y neta historia.

Había allá por los años de mil ochocientos sesenta y tantos una familia de gitanos en Jerez de la Frontera, cuyo jefe era el tío Prejumina, hombre de tanta habilidad con las tijeras que en materia de dibujo dejaba atrás al mismísimo Velázquez. ¡Qué paisajes dibujaba sobre las culatas y lomos de mulas, mulos, burras y burros! ¡Con cuánta habilidad cortaba las rectas haciendo unas grecas, unos festones y unos enrejados que quitaban *er sentío!*

No cabía duda; el tío Prejumina, á tener un padrino bueno y rico que le hubiera podido abrir las puertas de la Academia de Pinturas, torciendo los instintos de viandante de su raza, quizá, en fuerza de manejar pinceles y colores, habría llegado á ser todo un artista pictórico; pero el tío Prejumina, con toda su intuición, no salía nunca de su estado miserable, y para amargar su existencia Dios le había concedido una docena de gitanitos, producto lícito de su casamiento con una flamenca más fea que Picio y con más agallas que un tiburón para zurcir embustes y trápalas con que sacar los cuartos á los incautos que le escuchaban sus charlas.

Vicisitudes del tiempo, dilatada familia y algunas *gatás* que el tío Prejumina había llevado á cabo sin acordarse de que existían Código y jueces, llevaron á la desesperación á tan simpática y distinguida familia, que había días que se desayunaba con *soleares* y *playeras* y cenaba *serranas* y *siguiriyas*.

La situación empeoraba; no se *jacía ná*, ni en cuatropea ni en *manguero*; los *chorreles* estaban en cueros vivos, y en aquella casa no había siquiera un mal trozo de *embutio corgao pa descalabrarse con ér*.

La cara mitad del tío Prejumina—la tía Salomona, como le llamaban en el barrio por lo que empleaba de engañifas—no sabía ya qué hacer para concluir con la *peste de Cecilia*, que ella decía haber entrado en su casa. Su descrédito era tanto, que el tendero no le fiaba ni el valor de una aleta de bacalao; pedir prestado era ir con una *embajá*, y como no había para materiales, no se podía hacer ni una mala canasta de caña ni un pintarrajeado canastillo de mimbres.

Un día, nublado por más cierto, estaba sentada á la puerta de su cuartocho miserable la Salomona, toda *desgreñá*, en refajo y con los *pinreles* metidos en dos chancas, que por sus muchos agu-

jeros parecían dos cosmorasmas pedestres. Aquella mujer estaba en un momento de esos en que se *ajoga con un cabeyo una presona*. El magín en tortura, hilyanando medios de acabar con la *carpanta*, y con esa indecisión entre lo malo y lo bueno, de repente la *Salomona* dió un ahullido, no un grito; con el puño cerrado se atizó en la frente un golpe que sonó como si hubiera dado en una calabaza roteña, y llamó á su *Prejumina*, que boca abajo en el suelo gruñía más que dormitaba.

Un salto de tigre no tenía comparación con el que dió el *tío Prejumina* arrimándose á su *Salomona*.

—¿Has escubierto algún móo nuevo de *tajelar*?—fué la pregunta que dirigió el gitano á su compañera.

—¡Ayl Juaniyo, que aquí en las telarañas der sentío he visto dibujao un provenir preñao de onsas de oro. Tu felisiá, hijito, va á sé, y la de tóos tamién . . .

—*Chimuya* ya po esa *coba* y no me jagas que las pajarillas se me arrevienten y entregue la vía. . .

—Pos mira, tu suerte está jecha si tienes pacencia pa amaestrá er burro der señó Onofre. Tú sabes que es mu leío ese animá, y como ayegues á enseñale que jaga er ejersisio melitá, como los *jundos*, la suerte se mos entra por esta casa. Tú no eres torpe, la jambre jace milagro, y así que dende hoy va á dale liciones á esa güena bestia; y como lo aprenda tóo bien, se va á poué de moa la cosa y tóos los señoritos van á buscate pa que jaga burros sabios.

El *tío Prejumina* se iluminó con aquella gran idea, miró al cielo como impetrando auxilio, y poniendo sobre su cabeza un *estache* que en su tiempo había sido de veludillo negro y que al presente era armatoste con hechura de canariera, se disparó á la calle armado de la inseparable vara de acebuche, *insinia* de su profesión.

El *señó Onofre*, tan luego se enteró del plan maravilloso del *tío Prejumina*, no tuvo inconveniente: abierta tenía la cuadra para todos los buenos amigos que quisieran honrarla, y el *tío Prejumina* desde aquel momento empezó á *alicionar* al burro de Onofre, que por más señas le llamaban *Aliquindoy*.

Lo que trabajó *Prejumina* para sacar partido de aquella buena bestia es inexplicable; pero como el talento y la perseverancia hacen grandes milagros, *Prejumina* logró al cabo de quince días de palos y algunos terrones que proporcionaba el *señó Onofre*, que *Aliquindoy* fuese toda una notabilidad.

Con toda precisión y exactitud hacía el ejercicio, girando á derecha é izquierda, dando pasos al frente, altos y paradas; en fin, que, en lo que cabe, *Aliquindoy* era un burro sabio, no faltándole más que el saber *pronunciá*.

Los vecinos del barrio lo habían visto, se hablaba en todas las tabernas del suceso *suceío*, y el

tío Prejumina, con tan gran novedad, tenía más trabajo de esquila y la casa había tomado aspecto de alegría: ya se *tajelaba de búten*, los *chaveas* estaban más *arropaos* y no se cuidaban los dientes con *seguiriyas* ni *serranas*, sino con algo más sólido, dejando la música gitana para postre, por aque-
llo de que barriga llena al dios Apolo alaba.

La *Salomona* lo decía:—¿Lo ves, Juaniyo? La presona que no cavila no encuentra. No en barde me llaman la *Salomona*. Y el *tío Prejumina*, con los ojos humedecidos por la alegría, abrazaba á su com-



pañera, diciéndole al par:—Sirguerito der campo, calandria de mis amores, ruiseñó de mi casa, sin tí, Juaniyo hubiea sío ya cadávre comío pó los gusanos de la joyanca der cimiterio. Fea y tóo vales má que la Cartuja y quer que pintó er Mepa mindi (1).

Vivía entonces en Jerez un aristócrata, hombre de buen humor, garrochista, ganadero de reses bravas y acaudalado propietario, á quien le hizo gracia la maestría del tío *Prejumina*, y concibió la idea de darle un mal rato. Llamóle un día á su casa, le preguntó si era cierto lo del burro sabio que ejecutaba el ejercicio á la voz de él, y cerciorado entonces de que no era engaño, le prometió hacerlo hombre si tenía habilidad suficiente para enseñar á un burro de gran alzada y buenas hechuras que tenía en uno de sus cortijos.

—Vuesersia me manda á un servior—contestóle *Prejumina*—que cuanto arcanee yo en er arte de la enseñanza, toito lo pondré en práctica como me toca de obligasión; porque yo zé que vuesensia me *camela* y de un súr-dito pué jacé un generá.

Quedó aplazada la presentación del burro, y

un día llegó á las puertas del casucho el Duque de San L. . . preguntando por el tío *Prejumina*. Allí estaba el *maestro*. Le hizo tomar asiento en su magnífico coche de campo, y á la orden del Duque, fustigó el cochero los tres magníficos caballos de pura raza que tiraban del vehículo.

Ni que decir tiene que el tío *Prejumina* se creía ya un capitán general viéndose tratado tan bien y con aquella confianza por el Sr. Duque.

Llegaron al cortijo, apeáronse y dió las órdenes el aristócrata para que trataran al tío *Prejumina* con todas las consideraciones debidas al *maestro de burros sabios*.

Almorzó bien el gitano, no faltaron cuchufletas y cuentos de gracia, y se pasaba el día sin ver al *discípulo*, cuando djole el Duque:

—Venga usted acá, señor maestro; el burro le espera, y allí, en aquella cuadra, está encerrado porque tiene un genio de mil demonios, y como está entero, vamos, que es garañón, no hay que dejarle libertad.

—Allá voy á ver á ese güen moso.

Uno de los dependientes del Duque llevó al gitano hacia la puerta de la cuadra, y descorriendo de pronto el cerrojo, dió un empellón al tío *Prejumina*, dejándole dentro y encerrado.

¿Qué clase de burro creerán ustedes que había allí?

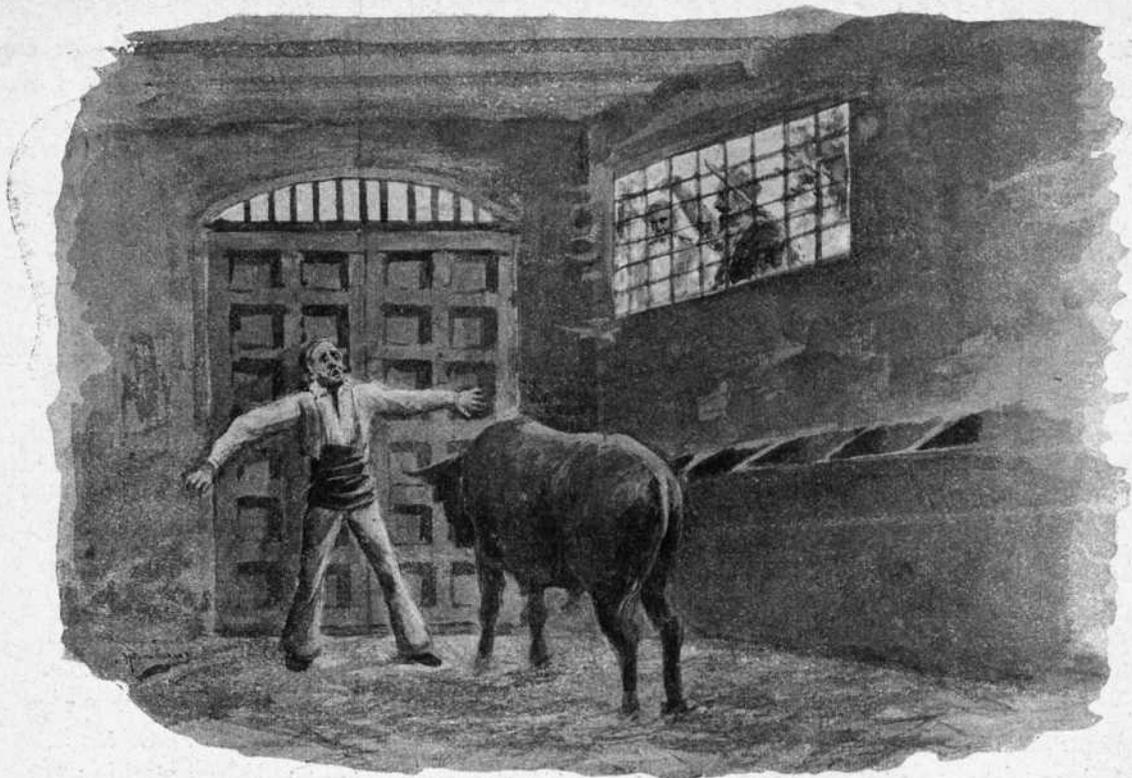
Pues nada menos que un becerro de dos años y bravo, que, apenas venteó al intruso, se dejó venir á toda carrera sobre el gitano, que, lleno de pavor, ni aliento tuvo para moverse.

El Duque, entre tanto, estaba asomado á una gran ventana de hierro que daba luz á la muy extensa cuadra, y cada vez que el becerro cogía á *Prejumina* y le zarandeaba campañeándolo y pasándose de un pitón á otro, tirándolo al suelo y llevándole á rastras, le gritaba:

—*Prejumina*, dos pasos á la derecha, dos á la izquierda, apunten, fuego. ¡Pum!



(1) Quería decir el Mapa Mundi.



Esta escena no podía prolongarse, pues si bien el becerro era chico y paleta de astas, los golpes que recibía el gitano, si no eran para matarlo, tampoco podrían saberle á *groria de confitura*, como después se expresaba el *tío Prejumina*.

Por orden del Duque abrieron la puerta, como un tiro salió escapado el becerrete, y entraron varios gañanes á recoger del suelo al gitano. O él se dolía más de lo procedente, ó de aquel paso quiso hacer tragedia.

—Várgame vuesensia, señó Duque, ¡qué esaborisión ha jecho con este probetico *calé!* ¡Ay, *Salomona* de mi arma, que vas á yegá tarde pa darme er úrtimo *chupendo!* ¡Ay, ay, ay! ni entre hie-rejes se jace esta *aratá!* Me paece que toa la maquinaria der tren la he tenío sobre la *chichi*, y er güeso palomo y er cuqui. . . ¡Ay, ay, que estoy despardillaol! Esto é er tirmimoto de la Martiquina y la inquisición, tóo ajuntao. . .

Lo llevaron á una cama, le dieron buenas fricciones con árnica, y cuando entró en reacción el *tío Prejumina*, una excelente comida para que se hartara y tres onzas de oro para recuerdo de la lección, constituyeron el premio á su buena fe.

Cuando el *tío Prejumina*—ya más derecho que el palo mayor de un navío y más alegre que instrumento pastoril—se vió con aquellos tres soles brillantes en la palma de la mano derecha, no pudo por menos que hacer un ridículo saludo al Duque, diciendo al mismo tiempo:

—A los pieses de vuesensia, que es la presona de má-grasia y má cumpría que hay en toito er grobo gasedoso. Y que no se le orvíe que me he quitao de da liciones á demicilio.

Y se *najó* cantando un medio *polo*.

Málaga.

P. P. T.

(Dibujos de Romero Orozco.)

Retazos



Con una peseta
y muy poca lacha
¡Dios mío las cosas que pueden contarse
en un telegrama! . . .

*
**

¿Que qué es un presidente me preguntas?
Pues la ignorancia y la inocencia juntas.

*
**

Tu casa es un redondel.
Yo el novillo. Tú el torero.
Tu padre un cero á la izquierda,
y tu madre el puntillero.

*
**

El arte de los toros
vino del cielo.
Conformes. Mas ¿de dónde
vino el canguelo?
Varios autores
dicen que lo inventaron
los lidiadores.

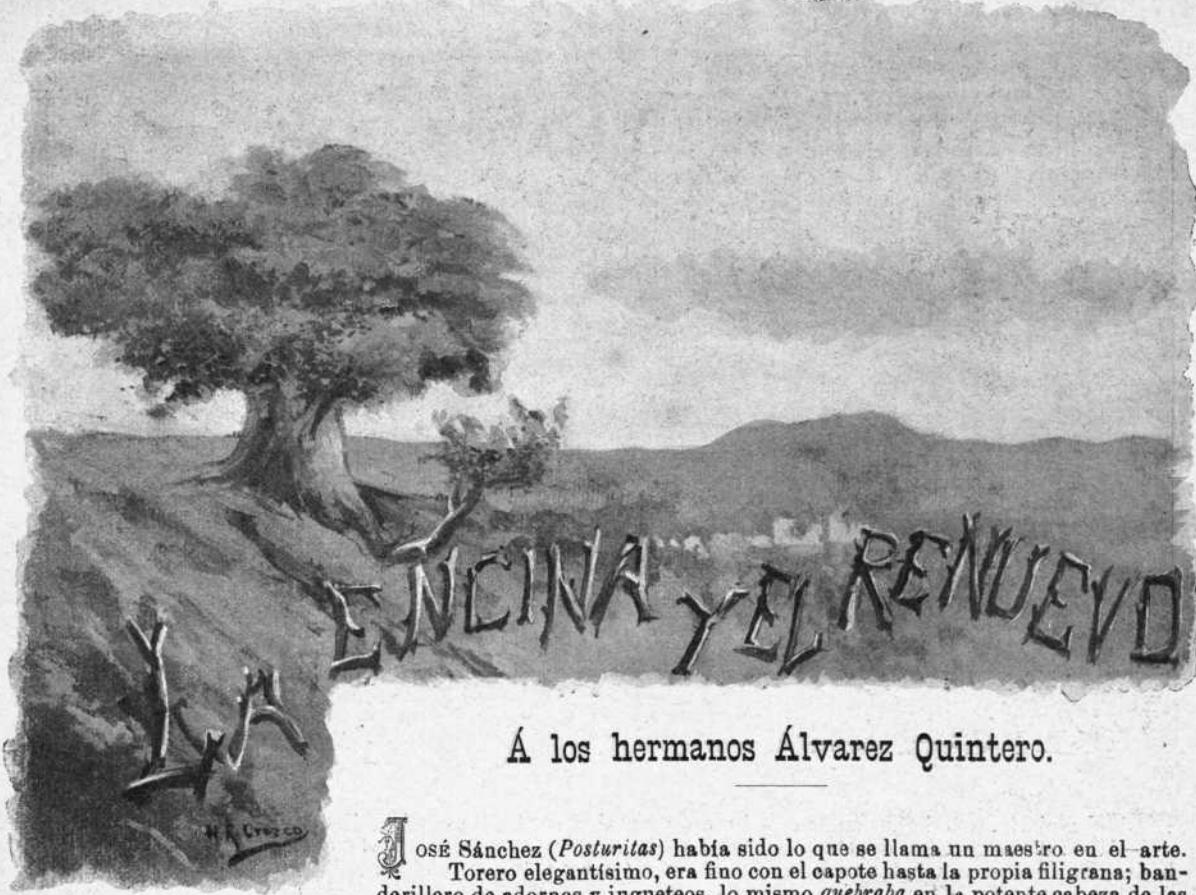
*
**

El Brida y el Calenturas
son cuñados legalmente.
Aquél es diestro incipiente,
y éste comercia en verduras.
Y ya la gente ha notado
que cuando torea *el Brida*
es cuando está más surtida
la tienda de su cuñado.

*
**

Con un terno verde y negro saliste.
Y apenas el bicho saltó y dijo:—¡Múl
cambiaste de ropa, porque te pusimos
de oro y azul.

ANGEL CAAMAÑO (*el Barquero*).



Á los hermanos Álvarez Quintero.

JOSÉ Sánchez (*Posturitas*) había sido lo que se llama un maestro en el arte. Torero elegantísimo, era fino con el capote hasta la propia filigrana; banderillero de adornos y jugueteos, lo mismo *quebraba* en la potente cabeza de las reses que las sesgaba al hilo de las tablas, como la seda; muleta de recursos y de alegrías, siendo su único lunar algo de indecisión con el estoque, *Posturitas*, cuando á los cuarenta y seis años, después de treinta de bregar con los toros, se quitó de ellos, dejó en la afición un nombre popular y admirado, y allí en los crepúsculos, al final de las corridas, parecía vagar su sombra en las plazas desiertas, sombra que miraban con los ojos del alma los aficionados de ayer.

Se retiró el maestro y pasaron los años; la distancia, la niebla de lo lejano que aumenta lo querido, engrandeció sus méritos: su nombre era un eco bravío de la gran fiesta; el recuerdo de sus hechos, broches de pedrería en los archivos de la afición.

Del torero no quedaba ya nada; sus triunfos y sus glorias eran un sueño del que se había despertado; pasó; al transitar por el arte practicó en él las bellezas que su intuición y su maestría proporcionaban; después... todo lo bello acaba, y si una rosa vive una mañana, al decir del poeta francés, los primores de *Posturitas* duraron dos décadas, que, al decir de los historiadores y en proporción con el desarrollo de la humanidad, son un soplo.

Consagrado á la administración de sus fincas, cuidado con mimo por sus hijos y sus nietos, el señor José era la encarnación del patriarca; en su cabeza cana, rizosa, que orlaba la inexplicable majestad de los peligros pasados, en su atlética figura, en la bondadosa sonrisa de su boca, en el color sano de su semblante iba marcándose ya el atardecer de la vida; pero aquel atardecer tenía tintas suaves, brisas tenues, dulces melodías, que eran los desvelos, el cariño de la numerosa familia que rodeaba al viejo torero; asegurados la fortuna y el bienestar, respetado y popular su nombre, cumplidos sus deberes, tranquila su conciencia y el corazón ufano, *Posturitas* gozaba de la vida, y lo mismo en su casa de Triana al arrullo del agua que cae en el surtidor del patio que rodean azulejos y perfuman claveles y alelías, que en sus huertas de La Puebla, en sus cortijos de Utrera y en sus olivares de Osuna, la vejez del gran torero deslizábase plácida y serena bañando su alma en los recuerdos del ayer ardiente y recreando su espíritu en la holgura de hoy.

Una tarde se enturbiaron las alegrías; *Posturitas* no tenía aún noticias de lo que ocurriera, y hubo que prepararlo en cuatro palabras, porque momentos después, rodeada de amigos y torerillos jóvenes, entraría una camilla en la casa de Triana: Manuel, el nieto predilecto, que sentía retoñar la heredada sávia, que toreaba, y que en tientas y herraderos y capeas comenzaba á desplegar sus habilidades, á *hacer cosas* que los viejos aficionados contemplaban como una reminiscencia y un renacer de los triunfos del abuelo.

Y... gajes del oficio: toreando en Lora del Río un utrero de Pérez de la Concha lo alcanzó al capearle por verónicas, y allí venía el mozo en una camilla con una cornada en el muslo derecho y una sonrisa y un cigarrillo en la boca.

El abuelo lo veló hasta que la curación fué completa; el primer día en que el nieto salió á la calle, apoyado en un pallassan, en la compañía de D. Aurelio el antiguo aficionado y de dos torerillos, sus compinches y camaradas, el viejo maestro suspiró hondo, inclinó la cabeza como resignándose á algo que no era de su agrado y le llamó á su cuarto.

—Mira, *Manué*: mi gusto *hubiá sío* verte marino, como sabes; *ensoñaba yo pa* mi vejez abrazarte con el uniforme; hombre, *tí* la marina de guerra no sé qué que siempre la he *mirao* con respeto y con cariño. Tú no has *querto* y sigues mi camino; no es de los más llanos, *Manué*, ni *tó* son rosas; tú has *recogto* ya una espina. Eres un *chavá*, porque ahora tienes...

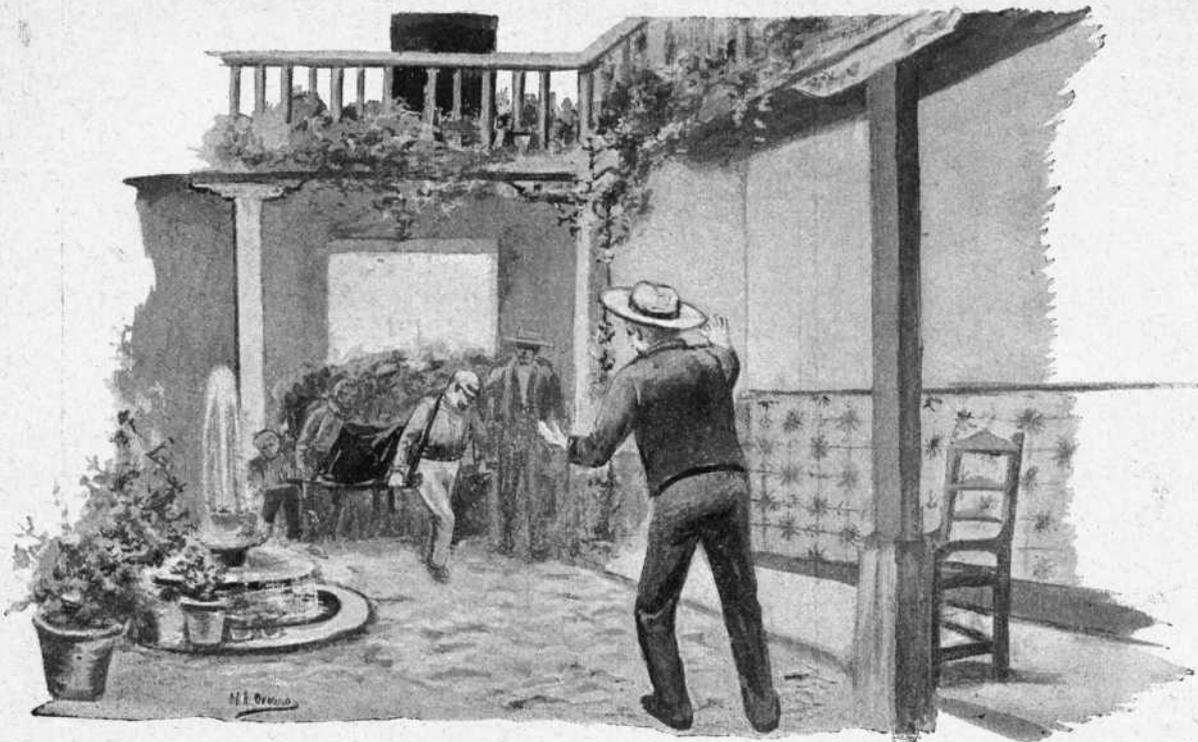
—*Diesiocho* años.

—Bueno, ahora *empiesas*; el ser mi nieto te servirá de mucho; *quisá* te llamen...

El mozo se irguió con orgullo:

—Manuel Sánchez (*Posturitas*), como *osté*.

Los ojos del abuelo relampaguearon; el pasado estaba allí: las palmas, los brillantes, las ovaciones, la popula-



ridad, el mujerío, todo lo que en su espíritu era penumbra se vió lleno de luz. El corazón acababa de alumbrarlo.

—Mira: llevas un nombre *qu'han aclamao* los públicos muchos años y que *otavía* se recuerda con cariño; ya que lo quieres, sé torero, que *guena* sangre llevas; pero un favor te *pto*, uno *ná* más, *Manué*: si no despuntas, si no llegas *mú* alto, quitate de los toros y vive de lo tuyo, que rico eres. Viejo soy *pa* enseñarte, pero te enseñaré, y en corrales y en *sercaos* aprenderás lo que yo sepa; pero verte en las *plajas* no te veo hasta *qu'estés jecho*.

Y así fué; pasó el tiempo y no consiguió el nieto que el abuelo le viese torear; ni los ruegos de D. Aurelio, cuya opinión oían con respeto y atención los toreros de Sevilla; ni las excitaciones del *Pintaio* y el *Maquintero*, viejos banderilleros retirados de los de la cuadrilla; ni los gritos del *Cubano*, el picador inválido que le repetía diariamente su

cantinelita «Señor José, *vengasté* á verlo, que torea como *ersielo* la criatura», le hicieron modificar su pensamiento.

Y oía relatarle los triunfos, y le veía llegar de las corridas, y siempre tenía algún consejo que darle ó algo que enseñarle nuevo, y en dehesas y mataderos corregía los defectos que le hallaba; pero con el traje de luces no quería verle: cuando Manuel torea en Sevilla, el señor José montaba á caballo y se iba á La Puebla.

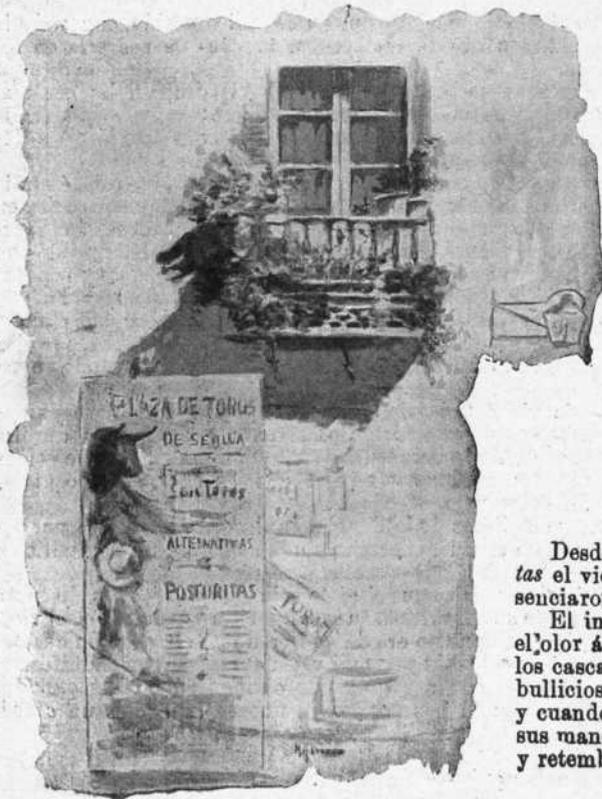
Pero llegó un día y *Cacalé*, el gran matador de toros, entró en la casa.

—Maestro, vengo á *darlasté* una noticia. La Empresa *m'ha* llamao y quiere que *Manoliyo* toree las *corrias é* feria; *pa* eso tengo que darle la alternativa el domingo é Pascua.

- ¿Y tú, Juan, crees que ya está *mauro*?
- Si no lo creyera, no hablase lo *hablao*.
- Y él, ¿está conforme?
- Y quiere *qu'osté* lo vea.
- ¿Qué toros le van á echar?
- D'Anastasio*.
- Iré á verlo y á ver si *m'engañáis*.

Desde la casa de D. Aurelio, en donde almorzara, fué *Posturitas* el viejo á la plaza, rodeado de aficionados de *antaño* que presenciaron sus triunfos y fueron sus entusiastas.

El inmenso bulle-bulle de la afición marchando á la corrida, el olor á azahares de los naranjos del paseo, el alegre resonar de los cascabeles del atalaje de las mulas y el sol andaluz, siempre bullicioso y brillante, despertaron en el torero viejo lo que dormía, y cuando ocupó su *cajón* (1) brillaron sus ojos, estremeciéronse sus manos y esperó, con el corazón palpitante, nublada la vista y retemblándole los labios.



(1) Asiento especial y característico de la plaza de toros de Sevilla.

Allá en la cuadrilla, venía á la derecha el nuevo matador. Esbeltísima la figura, gallardo el continente, reposado el andar, fija la mirada en los tendidos, saludando sonriente las palmas que llegaban arrulladoras á su oído; al otro lado *Cacalé*, el maestro, serio, erguido; detrás el sobresaliente y los peones que eran el coro del triunfo y los secuaces en la gloria.

Manuel Sánchez (*Posturitas*) cumplimentó, montera en mano, á la presidencia, y vino corriendo ante el *cajón*, y arrebujando el capote de raso color de heliotropo que una mujer le bordó en macizos claveles rojos de seda, lo echó al abuelo.

—¡Guardelosté ahí!

Y salió el primer toro.

Era grande y berrendo en negro de pelo, la cuerna alta y delantera, los remos cortos, fino de lámina y rizado de testuz.

Salíose suelto de los puyazos sin dar ocasión á quites; le parearon pronto y mal, al abrigo de las tablas, los hermanos Palma, banderilleros del espada nuevo, y al sonar el clarín, *Cacalé*, muleta y estoque en mano, se adelantó á *Posturitas*, que venía hacia él, sonriendo; se quitaron las monteras, se hablaron unos instantes, y posesionado el neófito de los trastos de matar, los arregló, curvó el estoque en el filo de las tablas, y, montera en mano, pidió la venia de la presidencia.

Se cubrió enseguida y paso á paso llegó delante del *cajón* que ocupaba el abuelo.

José Sánchez se levanto sorprendido y se quitó el sombrero; el aircillo de Abril mecía suavemente las blancas guedejas de sus cabellos.

El nieto le brindó la muerte. «*A osté, que fué un torero superid, y qu'es mi maestro, brindo la muerte d'este guason que m'ha tocao en mi alternativa.*»

Y el público aplaudió.

El espada adelantó á los tercios; estaba arrogante; ceñía su cuerpo con finísimo terno del color del capote bordado en oro con despilfarro; hallábase regocijada su fisonomía, y la mirada enérgica de sus ojos negros, abrigada por el peligro y la emoción, anhelaba el triunfo y en perspectiva de él parecía adormecerse entre sus párpados.

—¡Córremelo aquí *mesmo*, Juanillo Palma!

Y allí fué el toro, bajo la localidad del abuelo.

Llegó el de Anastasio Martín receloso, con la penca en las tablas, humillando; le tomó el matador sobre la derecha y lo despegó de la valla con seis muletazos secos; después lo quebrantó con dos cambiados por bajo de primer orden, le obligó á uno de pecho, sacándole por el rabo la muleta, y en medio de la ovación y los *olé*s y el griterio se quedó mirando al abuelo, que lo contemplaba absorto.

Entonces el toro, viendo la ventaja, se le arrancó y el señor José dió un grito de espanto coieado por la plaza entera.

Manuel Sánchez *se mejoró en el terreno, paró, metió á la res la muleta en el hocico y, al vaciarla, le sepultó en la cruz el estoque hasta que dió con la mano en el morrillo*. El berrendo salió de la suerte arrodillándose y volcó sin puntilla, enseñando la braga, de un blanco de armaño.

Y entonces, mientras el público, puesto de pié, le tributaba la ovación, que es el premio de los bravos, y *Cacalé* sonreía satisfecho, el chiquillo se adelantó hacia las tablas, y, dirigiéndose al abuelo, le preguntó riéndose:

—¿Le gusto *asté* matando toros?

Y allá del *cajón* salió una voz entrecortada, una voz que lloraba y que reía á un tiempo mismo:

—¡Hijo! ¡hijo! ¡Eres más valiente de lo que yo he *sto*, y eres tan torero como yo!

Saludó á la presidencia el flamante espada, y al llegar después al *cajón* del señor José, éste salvó las maromas, saltó al callejón, de un brinco se puso en el redondel y apretó al nieto contra el pecho; se unió su traje negro con los áureos caireles del terno de luces; la cabeza cana y la cabeza joven se tocaron, y sobre el punto de seda heliotropo del traje y sobre el rostro del matador cayeron las lágrimas del viejo, que lloraba... regalo opulento que respondió al brindis.

Y la plaza de Sevilla, electrizada, abarcó en una ovación á los dos *Posturitas*.

Y fué una ovación extraña; algo alegre y triste al par como la vida; algo que tenía mescolanza de lo que acaba y lo que empieza, como si se unieran el rojizo brillante del amanecer y el gris tenue que toma el cielo cuando *se* la tarde y como si se fundiesen en uno el viejo y rugoso tronco de la encina y el adolescente y ya robusto tallo del renuevo.



JUAN GUILLÉN SOTELO.

(Dibujos de Romero Orozco.)



FIESTA DE TOROS

Esplendente gradería
 donde el sol vuelca colores,
 confuso mariposeo
 de abanicos y mantones;
 inmenso rumor de vida,
 que estalla en alegre acorde,
 bajo un cielo azul profundo
 sin nubes que le encapoten...
 tal es la fiesta de España,
 —que en esto es gente del bronce
 desde la dama á la golfa
 y desde el guripa al prócer.

Marca la airosa cuadrilla
 el valiente paso doble
 y el sol sus besos reparte
 en los brillantes capotes.
 Chispas de los alamares
 dan á la luz tornasoles
 y aplausos de las mujeres
 los rudos atletas oyen.
 De la gradería en torno
 la nota florida rompe
 el negro turbión de trajes,
 y olor de claveles dobles
 suben incensando pechos
 de angelitos españoles,
 cual de moros pebeteros
 ó de helénicos jarrones.
 Allá el seno que se inclina
 el balcón borda de flores,
 acá la blanca mantilla
 mano de nieve recoge.

¡poema de morunos ojos
 y cristianos calabrotos!
 ¡Fiesta en la que España vive
 su pasión bizarra y noble!
 ¡Bajo la luz que te inunda,
 acaso, acaso pregones,
 que aún eres la altiva patria
 que llenó de héroes el orbe!

¡Y da comienzo la fiesta
 del pueblo á las rudas voces,
 y al son del clarín vibrante
 la primer fiera se corre.
 Alta la cerviz soberbia,
 cuerna fina, piés veloces,
 centelleante mirada,
 frente durísima y noble,
 y ancha pezuña, que el suelo
 hiende con fornido choque,

por la plena luz bañado
 el primer toro responde
 al largo aplauso del pueblo
 con sus bramidos feroces.
 Allá con rabia acomete
 al revuelo de un capote,
 acá el torero persigue,
 que apresurado se esconde.

De la vara en el empuje
 un quite salva el derrote;
 ya la res viste de sangre,
 ¡picadores, picadores!
 Siente el rejón que le punza
 y con fiera rabia entonces,
 ahora se revuelve y lucha,
 ahora estremecida corre...

.....
 Brinda el matador. El circo
 se hunde en un silencio enorme

que ya el lidiador bizarro
 ante los cuernos se pone,
 los reta, revuela el trapo
 y estalla el público en *¡ole!*
 que en ovación tempestuosa
 después, de repente, rompe,
 cuando, tras el rudo encuentro,
 en la cruz se hunde el estoque.

Pálidas todas las frentes
 á tan rudas emociones,
 con la impresión de la airosa
 lidia, con fragor de voces,
 se aleja el pueblo en tumulto,
 cuando el sol, triste, se pone.
 Montón de carne sangrienta
 queda en el corral informe,
 y sobre el brillante cuadro
 sus sombras tiende la noche.

ADOLFO LUNA (Alamares).

"EL GUAPO,"

I

Salió *Primoroso* del confuso revoltijo que formaban caballo y picador sobre la arena sangrienta: elevó las astas, por las que corrían encarnadas gotas: mugió un momento sorbiendo el aire, y se arrancó detrás de *el Guapo*, ansioso de muerte, espumarajeando, terrible . . .

Era un toro negro, de mucho poder y de salvaje bravura. La moña de color blanco y rosa y la V. coronada, impresa en su piel, anunciaban su nobilísima estirpe. Corrió tras del espada, que movía el destefido percal, dirigiéndose á la valla, sonriente y agitado; se cuadró de pronto, quedándose quieto á un metro de la barrera y mirando con curiosidad á su enemigo, que lucía el deslumbrante traje violeta y oro, y le contemplaba montado en las tablas, sin saltar del todo al callejón. *Primoroso* pensó lo que pensó y volvió la cabeza, alejándose al paso.

El matador miró al público y murmuró riendo:

—¡Camará! ¡Vaya uno pié!

Al volver algo el rostro se estremeció ligeramente. ¡Allí estaba ella! La misma mujer de Barcelona, de Sanlúcar, de Nimes y de Zaragoza . . .

Alta, delgada y fina, hermosamente rubia, con suavísimos ojos azules y talle tentador, con su sombrero marineró y su velo de motas rojas, el *carpet* y el lápiz en las manos, la mirada fija en él.

Saltó de nuevo al redondel *el Guapo* y corrió hacia el toro, diciendo entre dientes:

—*Pero, esa tía está en toa parte. ¡Paece Dió!*

En efecto, era inconcebible la constancia de aquella joven. Se conoce que tenía mucho dinero y mucha afición. Parecía extranjera. Una española de su edad y condiciones no se pasa la vida en los ferrocarriles y en las fondas para ver matar toros. Además, ya tres meses que *el Guapo* la veía constantemente en todas las corridas en que él toreaba. ¿Sería por . . . otra cosa? ¿Quién sabe? *El Guapo* nada le había dicho de aquello á Lolita la *Resalá*, porque era una hembra de muchos menudillos y capaz de sacar los ojos, no sólo á él, sino á toda la cuadrilla.

Todo esto pensaba el matador minutos después, arreglando la muleta y probando el estoque junto á la presidencia, separado de la incógnita joven tan solo cinco ó seis metros, y mientras *Pandehigo* y *Pepe Playeras* ponían los rehiletos.

Sonó el clarín. *El Guapo*, con la calma propia de las circunstancias, se volvió hacia el palco presidencial, llevando los trastos en la mano izquierda; ni se fijó en el flamante regidor con *chistera* y guantes que le miraba desde el balcón adornado con viejo tapiz; miró de reojo á la rubia y comenzó:

—*Zeño presidente: brindo por ustia, por su acompañamiento y . . . ¡vaya por la buena mozas y los aficionados que nos están mirando!*

Tiró la montera, que dió de soslayo en la cara de un municipal, y con mesurado paso se fué hacia el toro, que cansino, lleno el torso de sangrientas banderillas y escarbando la tierra, le esperaba junto á los chiqueros. Entonces, ya no pensó en nada más.

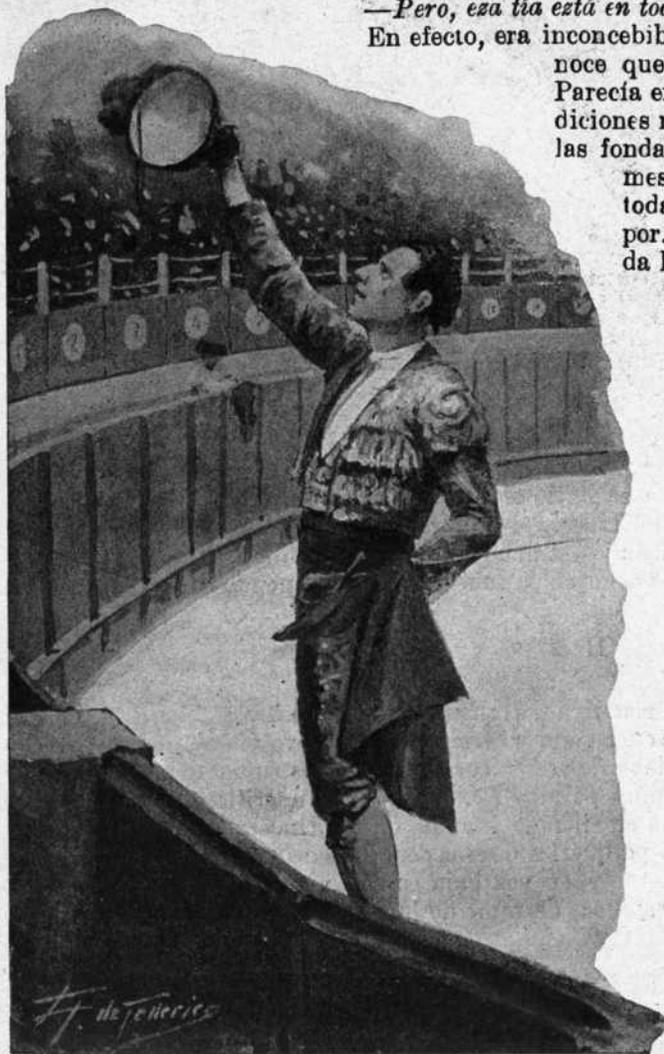
Los cinco sentidos y las tres po-

tencias para *er buró*. El animal estaba receloso y *el Guapo* sufrió una colada.

—¡Cuidado!, gritaron desde el tendido.

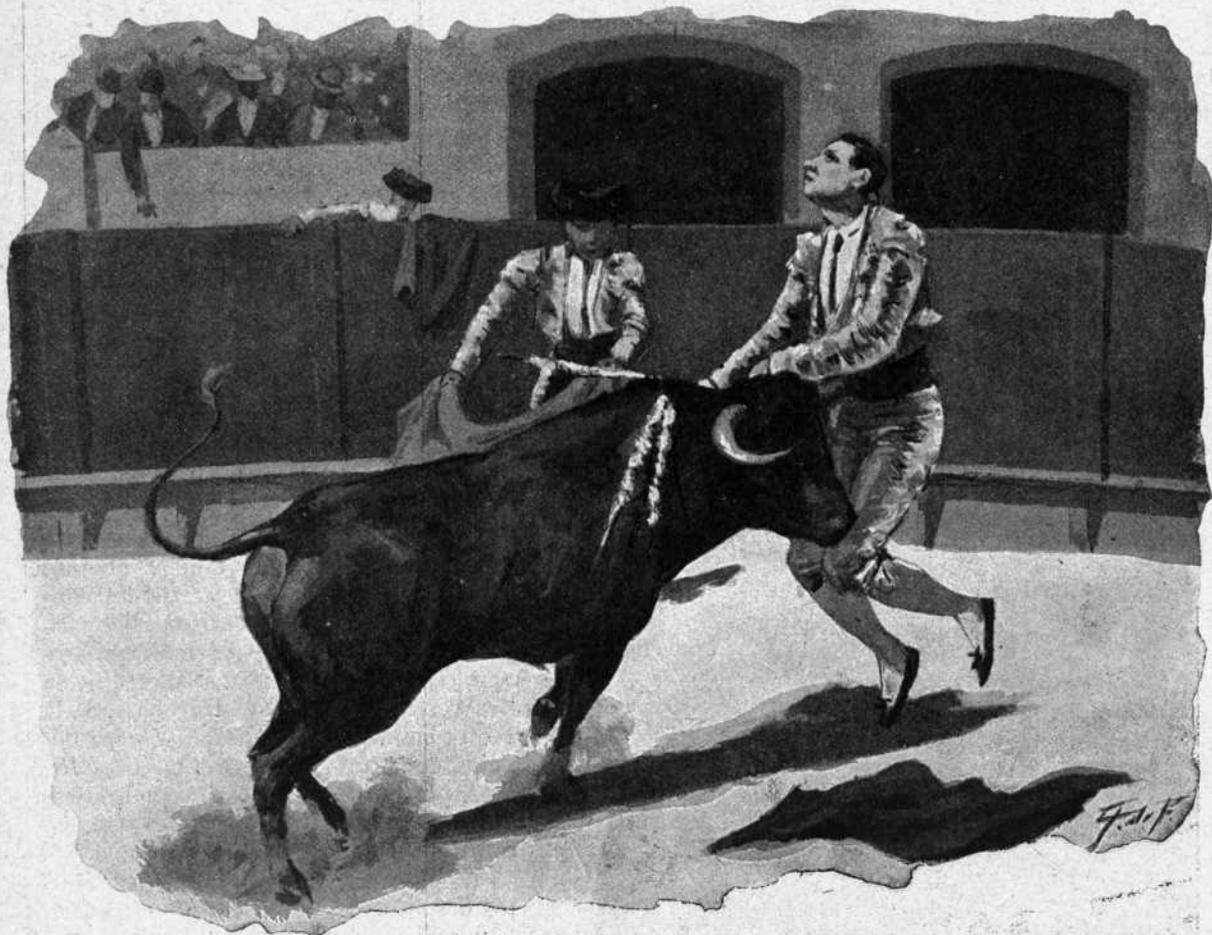
Volvió á pasar al bicho con un poco de escama. El toro retrocedió algo, quedándose quieto junto á la valla. *El Guapo* tendió de nuevo el capote.

—¡Ya lo tienes!, gritaron de cerca. Entonces él, arrolló la muleta, levantó lentamente el brazo



y dió un paso hacia la fiera, dirigiendo el estoque á la cruz. Sintió un dolor agudo en la muñeca: había dado en hueso. El estoque saltó por los aires.

El Guapo quedó estático un segundo y enseguida sintió que perdía terreno y que el suelo huía bajo sus piés. Se sintió de pronto elevado en alto. [Oyó un grito desgarrador, salido de diez mil



bocas. . . , un dolor muy agudo en la rodilla y un gran golpe en tierra. La boca se le manchó de arena, que escupió; quedó inmóvil un instante y se sintió elevar de nuevo; abrió los ojos y vió toda la plaza, pero invertida. ¡Estaba cabeza abajo! Luego, otro golpe en tierra y un líquido caliente en las narices; luego. . . un poco de niebla en los ojos, mucho ruido de voces. . .

—¡Pasol ¡Pasol ¡Que se desangra! Mucho calor en la cabeza, una nube negra en la vista. Luego, nada.

II

Despertó de aquel sueño:

Estaba en la cama. Una lámpara de luz eléctrica derramaba destellos sobre el blanco y fino cobertor. Había mucha gente en la sala. Un señor viejo y bien vestido le envolvía la pierna derecha en algodón y luego en gasa. El fondista le daba de vez en cuando algún instrumento brillante. Paco el contratista de caballos estaba mirándole muy pálido. *Pandehigo* el banderillero, en mangas de camisa y con el calzón verde y plata, lloraba en silencio sentado en un rincón; entraban y salían hombres desconocidos. Oía mal, muy mal, á porquerías de esas de los médicos, á *fénico* y á *oroformo*.

Un joven elegante hablaba respetuosamente y en voz baja con el viejo doctor. *El Guapo* oía palabras raras, como la *sinovial*, la *arteria poplítea*, derrame de la cápsula y otras así.

Levantó la voz y llamó:

—¡*Pandehigo!*

El banderillero acudió limpiándose los ojos.

—Oye tú. *Jaze el favó de no telegrafiale á Lolita.*

—Bueno. *Diremo que solo tiés un varetaso.*

—¡No é mal *varetaso!*

Y volvió á desmayarse.

Aquella noche, cuando *Pandehigo* y *Pepe Playeras* estaban á eso de la una hablando de lo puerco que era el arte y de la *miserable vía* y de que una *desgrasia* le viene á uno de *núa*, de paso que velaban al *Guapo*, una mano fina y delicada les hizo señas desde la puerta.

Salió *Pepe* y se encontró delante de la rubia desconocida.

—¿Qué se ofrese, prenda?, preguntó el torero.

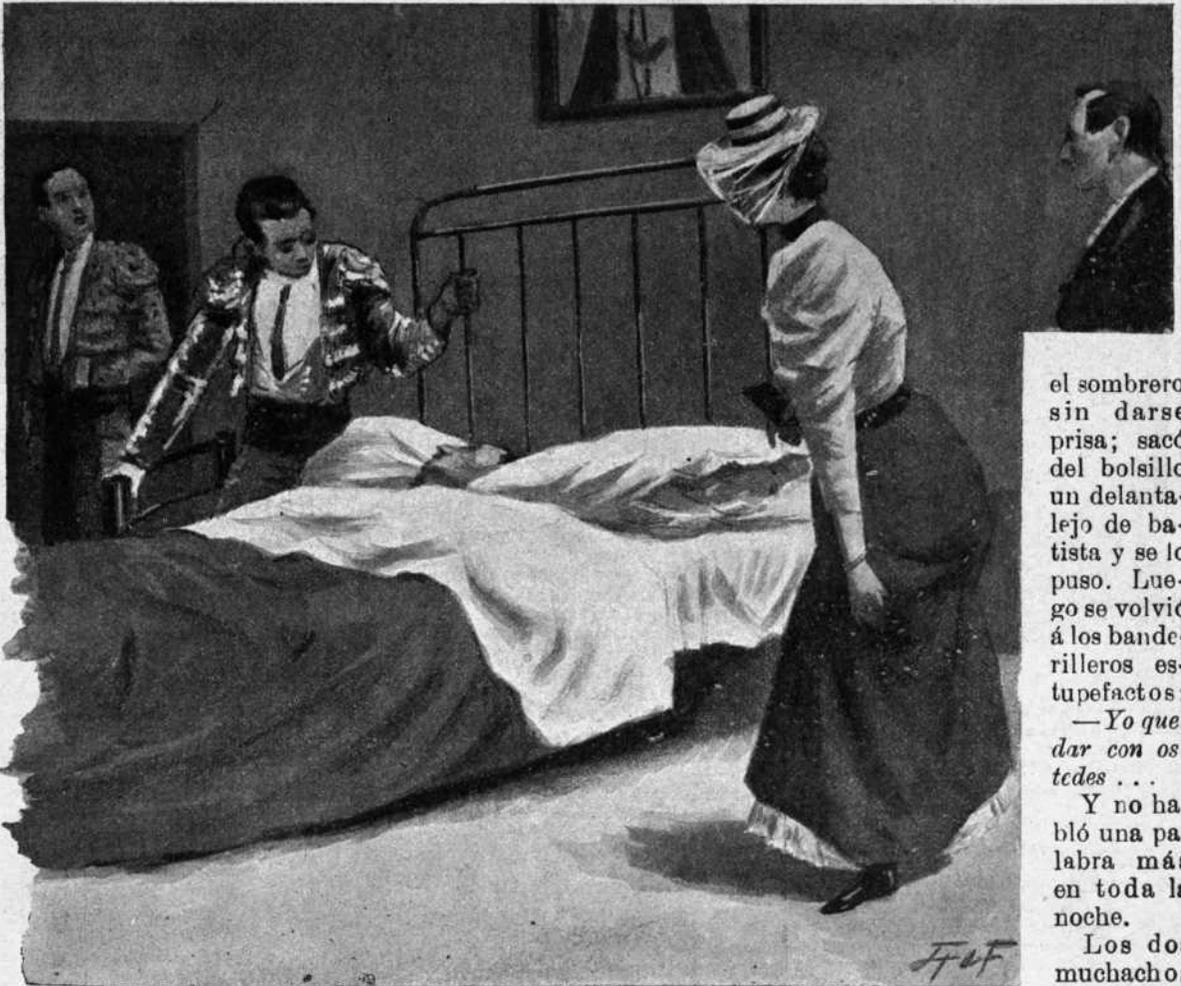
—*Mi querer verlo.*

—*Una aficioná de extranjis. Zeñora, ezo no pué se. Está dormío.*

—Dormido yés. Yo querer verlo.

—¡Ná!; pué paze.

La joven se acercó á la cama. Contempló al herido sin que se moviese un solo músculo de su rostro. *El Guapo* tenía mucha fiebre, los labios rojos y la cara encendida. La recién venida se quitó



el sombrero sin darse prisa; sacó del bolsillo un delantal de batista y se lo puso. Luego se volvió á los banderilleros estupefactos:

—*Yo quedar con os-
tedes . . .*

Y no habló una palabra más en toda la noche.

Los dos muchachos la vieron

muchas veces levantarse, pulsar al enfermo y tocarle la frente. Estos cuidados hicieron murmurar á *Pepe Playeras*:

—*Esta mujé debe está chiflá por el Guapo.*

El médico volvió á las cuatro de la madrugada. Tomó el pulso al herido, que tenía las extremidades frías y apenas se le distinguía el latido arterial. Examinó el apósito y lo encontró, como la sábana, empapado completamente en sangre. El doctor torció el gesto y dijo brevemente:

—Es el *shok*. Un colapso y no saldrá de él. Que busquen la Extremaunción.

—¿*Se muerre?*, preguntó la inglesa, y su cara no se alteró lo más mínimo.

—Sí, señora. Desgraciadamente. ¡Que vayan á mi casa por la jeringuilla de Pravaz!

Fué aquello una descarga eléctrica: en un momento estuvo de pié toda la cuadrilla. Se avisó también á los amigos. El sacerdote no se hizo esperar y administró al *Guapo* los últimos sacramentos. Todo eran lágrimas, juramentos y sollozos mezclados con alguna blasfemia.

Amanecía. El brumoso cielo blanqueábase poco á poco tras los cristales de la vidriera, dibujando los balcones de las casas, cerrados y tranquilos. La joven extranjera permaneció en pié: sin moverse, sin palidecer, al lado de la cama, y allí estuvo hasta el último momento . . .

A las seis falleció *el Guapo* sin haber recobrado los sentidos.

Aquella misma tarde, una hora después del entierro, se transmitía este telegrama en la central de Madrid: «Mister Keers. Picadilly street, 20. Londres.—Ví morir torero español *Guapo*. Remito cabeza toro. Perdísteis apuesta mil guineas.—*Eva Hill.*»

JOSÉ MARÍA DE LA TORRE.



Conocerse á sí mismo.

(ANÉCDOTA)

Mi infiel memoria no me permite precisar la fecha en que ocurrió la escena que voy á relatar.

Recuerdo únicamente que en una población próxima á la capital de Andalucía se acababa de terminar la construcción de un bonito circo taurino, y que sus propietarios, que eran sus explotadores, se dirigieron á Sevilla con el fin de comprar ganado y ajustar toreros para el día de la inauguración.

El propósito de los empresarios era el de dar dos corridas sucesivas en los días primeros de feria.

sólo para dar el original á la imprenta

El ganado lo adquirieron de dos de las más afamadas ganaderías, faltándoles á un primer espada que en unión de otro de menor categoría tomase parte en ambas corridas.

En la época que esto ocurría no había torero que contara con más simpatías que el hijo del famoso *Curro Cúchares*, Francisco Arjona Reyes, *Currito*.

Conocedores del negocio, se dirigieron los empresarios á casa del antiguo matador de toros, á San Bernardo, el barrio más torero de Sevilla.

Fueron recibidos por el ídolo del Matadero con amabilidad suma.

Sentáronse los propietarios, y, después de ofrecer á *Currito* un tabaco de buena marca, le manifestaron los deseos que tenían de contratarlo para las dos corridas.

—Para una de esas dos corridas pueden ustedes contar conmigo desde este momento—dijo Arjona Reyes.

—¿Tiene usted comprometida la otra fecha?—objetó uno de los propietarios de la nueva plaza.

—No, señor.

—¿Pues qué inconveniente tiene usted para dejar de torear la segunda tarde?

—Lo hago porque me han sido ustedes simpáticos y no quiero perjudicar sus intereses.

—Todo lo contrario; nuestros intereses los perjudica usted no viniendo á torear las dos tardes, pues tendríamos que buscar otro espada y darle una cantidad más crecida por su trabajo, por traer los gastos de viajes de la cuadrilla, y usted la podría torear en otras condiciones por tener ya la gente en la población y ser dos las corridas que le damos.

—Ven ustedes; todo es según del color del cristal con que se miran las cosas.

—¿No lo ve usted lo mismo?

—No, señor; ese dinero que tienen ustedes que dar de más al otro espada que contraten para la segunda corrida, se lo encontrarán con creces en taquilla.

—No comprendo...

—Pues está muy claro; ¡no ven ustedes que el público que me vea la primera tarde no puede de ninguna manera asistir á la segunda!

.....
Ignoro si al cabo vinieron á un acuerdo los propietarios de la nueva plaza con el ocurrente espada sevillano.

JUAN FRANCO DEL RÍO (*Franqueza*).

Barcelona.

(Dibujos de G. de Federico.)



Las dos alternativas.

I

Toñuelo no había percibido nunca sobre sus blancas mejillas el suave roce de unos labios queridos. No conoció á su madre, y de su padre sólo sabía que murió en un hospital cuando él apenas contaba tres años.



Unos pobres indigentes le recogieron para que Toñuelo, en unión de otros seres tan desgraciados como él, sirviera de cebo en la puerta de una iglesia, donde aquellos desgraciados pedían una limosna, mostrando á los transeuntes numerosa prole de niños, capaz para partir el corazón más duro á la vista de tanta desnudez y miseria.

Toñuelo llegó á la edad de seis años, y cansado de sufrir los rigores de las noches crudas de invierno, esperando en las aceras contiguas á los teatros más concurridos la salida del público para solicitar la limosna de los concurrentes al espectáculo, decidió emanciparse, para lo cual abandonó á los que hasta entonces le habían explotado.

Desde aquella fecha se le veía en todos los paseos, sustentando á guisa de escapulario un bote vacío, de los destinados á las conservas, el cual iba pendiente de un bramante y servía á nuestro héroe para depositar en él las colillas recogidas. Esta industria le producía lo necesario para su mantenimiento, y por las noches refugiaba su cuerpo en el interior de uno de los coches de la estación del ferrocarril, que se hallaban en reparación ó reservados.

Bien pronto mostró el efecto que sentía por su casa nocturna, alternando con los golfos que asedian al pasajero ofreciendo sus servicios.

Las horas que su *carrera* le dejaban libres las destinaba Toñuelo al estudio de las suertes del toreo, á cuyo fin tenía á cualquier hora muchachos que se prestasen al papel de *cornúpetos*; siendo de ver con qué gallardía y guapeza manejaba Toñuelo la blusa, en la cual introducía un palo, improvisando de este modo una muleta.

Cierto domingo en que en la plaza de toros celebrábase una becerrada, saltó Toñuelo al *anillo* con su blusita en la mano y manifiesta intención de sortear al becerro, cuando éste, veloz como el rayo, partió hacia el muchacho, dándole tan terrible voltereta, que hubo de ser retirado á la enfermería, donde se le apreció la fractura de una pierna, á más de algunas contusiones de menor cuantía.

Algún tiempo estuvo en el hospital hasta que, completamente restablecido, le abandonó.

Lejos de acobardarse con la lección propinada por el becerro, acrecentóse su desmedida ambición, y decidió Toñuelo abandonar el suelo en que vivía para trasladarse á Sevilla, cuna del toreo.

En los trenes de mercancías unas veces, en la caja de los topes de los de viajeros otras, Toñuelo llegó á la hermosa capital andaluza.

Durante su viaje, concertó sus pensamientos, y ni un instante vaciló para ponerlos en práctica.

Lo primero que hizo fué visitar á un conocido matador de novillos, quien á su paso por la ciudad en que vivía Toñuelo necesitó de sus servicios. Allí se presentó el muchacho y fué bien recibido, siendo el novillero quien le recomendó como gañán en una de las ganaderías de reses bravas que pastan en las inmediaciones del Guadalquivir.

Bien pronto el muchacho se conquistó el aprecio de los viejos mayores y concedores, y hasta del propio D. José, dueño de la vacada.

Toñuelo á los diez y siete años, era un mozo de estatura arrogante y de fornidos músculos; en fin, lo que se llama un real mozo.

II

D. José era padre de una hermosa criatura que á la sazón tendría la misma edad que Toñuelo. En la pubertad ya se apreciaban en ella rasgos que la hacían adorable. Tez sonrosada, ojos grandes y negros como su hermosa cabellera, pestañas que, por lo largas y pobladas, semejabán preciosas cortinillas de seda que no permitían á los rayos del sol penetrar en sus preciosas pupilas. Sus labios eran dos pequeños corales arrancados del seno de los mares y colocados en aquella tez pura y diáfana, como la casta irradiación de argentada luna.

Desde que Toñuelo entró al servicio de tan buen señor, no pasaba día en que no fuera á Sevi-

lla, donde vivía éste, á llevarle tal ó cual aviso del mayoral de la dehesa. La presencia de la señora, como él la llamaba, producía en Toñuelo un efecto inexplicable para el muchacho.

Aquel mozo tostado por el sol, sentía su tez encendida como si á ella aproximaran un hierro candente.

Lolita, que así se llamaba la hija del ganadero, sentía los mismos efectos que Toñuelo, y sus hermosas mejillas se veían colorear de un rojo amapola.

Los dos se amaban.

III

La costumbre de andar Toñuelo con los toros y su afición á la lidia de los mismos, hizo que tomara parte como matador en una corrida de novillos que se celebró en Sevilla.

El modo de estirar los brazos toreando de capa y muleta y la manera con que se estrechaba con los toros en el momento de entrar á matar, produjeron tal entusiasmo en aquel público, y de tal modo habló la prensa taurina de Toñuelo, que éste pronto vióse solicitado por un sinnúmero de empresas.

D. José, su padrino y amo, presenció la corrida desde uno de los palcos, y en más de una ocasión enrojeció sus manos aplaudiéndole.

Lolita no quiso asistir á la corrida, y diz que pasó la tarde llorando ante una imagen de Nuestra Señora de los Dolores, delante de la cual ardían dos gruesos cirios.

IV

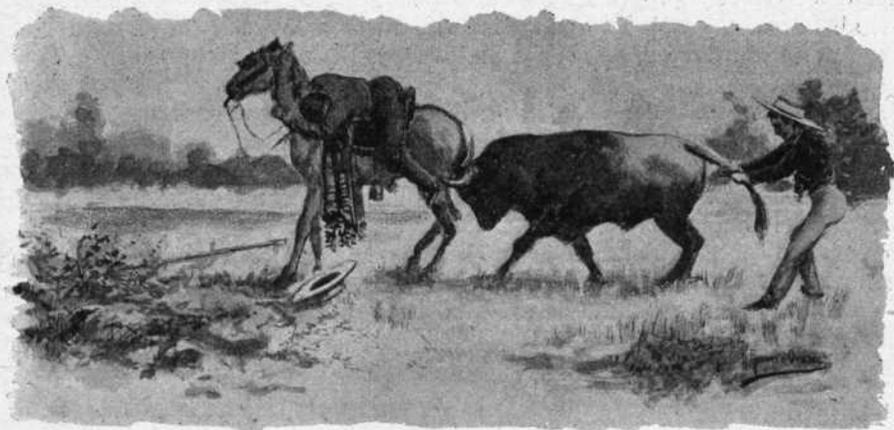
Toñuelo, desde aquella fecha, tuvo por fuerza que separarse del cuidado de las reses y dedicarse á recorrer los circos cosechando los lauros que le prodigaban los públicos entusiasmados.

La época del invierno en que tan pocas corridas se celebran, la pasaba Toñuelo al lado de D. José, que cada día veía acrecentar su cariño hacia su ahijado.

Ocho días antes de la Pascua de Resurrección tenía que apartarse una corrida de reses de D. José, que habían de jugarse dicho día en la plaza de Barcelona.

D. José mostró deseos de asistir, en unión de Toñuelo, al apartado de dichas reses, para lo cual, montados ambos en briosos caballos, se dirigieron al campo donde estaba la ganadería. La operación se verificaba sin ningún accidente, cuando uno de los toros se arrancó velozmente al caballo que sustentaba á don José, y con tal ímpetu arremetió contra él, que el jinete salió por la cabeza del caballo, cayendo ante la del toro.

Toñuelo arrojóse del caballo que montaba, y antes que el toro se diera cuenta de la preciosa presa que tenía ante sus ojos, el arrojado diestro asióse al rabo de la fiera, no tardando ésta mucho tiempo en rodar por el suelo, dando ocasión á que D. José y Toñuelo se salvaran.



Pocos meses más tarde Toñuelo tomaba la alternativa de manos de uno de los primeros espadas, y D. José premiaba el valor de su oportuno salvador otorgándole la mano de Lolita.

FRANCISCO MOYA (Luis).

SOL Y SOMBRA

SEMENARIO TAURINO ILUSTRADO

Dirección y Administración: Santa Isabel, 40, Madrid.

DIRECTORES PROPIETARIOS:

D. Ginés Carrión.—D. Juan P. Carrión.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias: Trimestre, 2,50 pesetas.—Ultramar y extranjero: Semestre, 9 pesetas.

PRECIO DE VENTA

Número corriente, 20 céntimos.—Idem atrasado, 30.—Extranjero, 30.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

Administración de este semanario, Librería Internacional de los Sres. Romo y Füssel, Alcalá, 5, y principales librerías de Madrid.

Las suscripciones empezarán siempre en el primer número de cada mes.—Pago adelantado.

SOL Y SOMBRA se publica todos los jueves.

Colecciones encuadernadas con magníficas tapas en tela.

AÑO I (1897)	AÑO II (1898)	AÑO III (1899)
10 pesetas en Madrid.	15 pesetas en Madrid.	15 pesetas en Madrid.
11 » en provincias.	16 » en provincias.	16 » en provincias.
15 » extranjero.	20 » extranjero.	20 » extranjero.

Tapas en tela para la encuadernación de este semanario.

Su precio: 2 pesetas en Madrid.—2,50 en provincias.—3,75 extranjero.

Para mayor claridad, será muy conveniente, y así lo encarecemos, que al hacer los pedidos de tapas ó colecciones, indiquen con precisión del año que se desean.

No se servirá ningún pedido que no venga acompañado de su importe, en libranza del Giro mutuo, ó letra de fácil cobro.

Toda la correspondencia al Administrador de este semanario.

Magníficos retratos (gran tamaño)

DE LOS CÉLEBRES DIESTROS

Luis Mazzantini, Rafael Guerra (Guerrita),⁽¹⁾
Antonio Reverte, Antonio Fuentes, Emilio Torres (Bombita)
y José García (Algabeño).

Dichos retratos, esmeradamente estampados en magnífica cartulina «Couché», llevan al pié los autógrafos de los citados diestros y se expenden en la Administración de este semanario á los siguientes precios:

Madrid, 1 peseta ejemplar.—Provincias, 1,25.—Extranjero, 1,50.

(1) De este diestro tenemos á la venta un retrato en busto y traje de calle, y otro, de cuerpo entero (último que se ha hecho con traje de luces). Rogamos á nuestros favorecedores que al hacer los pedidos indiquen con precisión el que desean.

SOL Y SOMBRA

SEMANARIO DE LA UNIÓN DE TRABAJADORES

Director y Administrador: D. José María de la Cruz

Dirección y Administración:

D. José María de la Cruz

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Madrid: provincia, trimestral, 20 pesetas.—Extranjero, 25 pesetas.

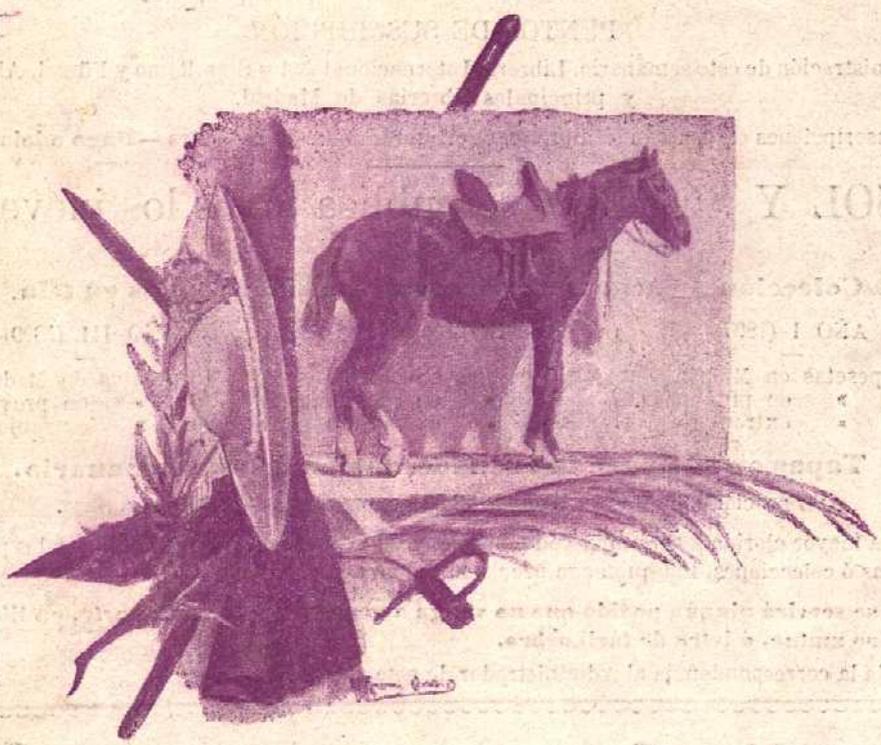
PRECIO DE VENTA:

Número de venta, 10 céntimos.—Número de venta, 10 céntimos.

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN:

Administración de este periódico: D. José María de la Cruz, Calle de Alcalá, 10.

Los suscritores deben pagar adelantado.



El precio de venta es de 10 céntimos.

Este periódico se publica los días 15 de cada mes.
El precio de venta es de 10 céntimos.
El precio de suscripción es de 20 pesetas trimestralmente.

Los suscritores deben pagar adelantado.

(1) El precio de venta es de 10 céntimos.
(2) El precio de suscripción es de 20 pesetas trimestralmente.